[376.7]

LA ESCUELA DE LOS PERIODISTAS.

DRAMA EN CINCO ACTOS

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. VENTURA DE LA VEGA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE DE SAN BERNAL. .	*Don Lázaro Perez.*
HORSILLAC.	*Don José Garcia Luna.*
FABIAN.	*Don Florencio Romea.*
JUAN MAUCLERC.	*Don Julian Romea.*
GERVASIO.	*Don Mariano Fernandez.*
EL CURA.	*Don Pedro Sobrado.*
LA CONDESA DE SAN BERNAL.	*Doña Carmen Corcuera.*
MARÍA MAUCLERC.	*Doña Matilde Diez.*
MARGARITA.	*Doña Gerónima Llorente.*

CRIADOS.

La escena pasa en Francia en 1798 en el tiempo del Directorio: el 1.º y 2.º acto en Bretaña: el 3.º, 4.º y 5.º en París.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa una cabaña.— Puertas laterales: una que da al cuarto de Margarita, otra al de María, y otra á lo esterior. En el fondo una ventana que da al campo. A un lado una chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, *hilando. Luego* MARÍA *y* LA CONDESA.

Margarita. Me parece que siento pasos... Dios mio! qué veo...! La señora condesa...!

Condesa. A Dios, Margarita.

María. Buenas tardes, querida Margarita.

Margarita. Mi buena María! Con vuestro permiso, señora condesa, la daré un abrazo.

Condesa. Pues no!

Margarita. La estais criando como una señora...! vaya! A fuerza de vivir en el castillo, ya ni se acuerda de su cabaña.

María. Eso lo direis en broma, Margarita...? porque lo demas sería una ofensa!

Margarita. Sí, hija mia, sí, por broma: tú eres siempre la misma, la misma María que yo crié á mis pechos... y ya sabes que una nodriza en todas partes es como una madre.

Condesa. (*A los lacayos, que traen abundantes provisiones.*) Dejad eso aqui... Poned la mesa, y despachad, que ya son las seis y no tardarán.

Margarita. Quién ha de venir?

María. El señor conde, el señor Horsillac y el señor Fa-

bian, que salieron á caza, y quedaron en que vendrian aqui á las seis á comer.

Margarita. Hola!

Condesa. Por eso hemos venido á incomodarte, Margarita.

Margarita. Incomodarme...! por Dios! señora...! ya sabeis que aqui todo es vuestro... tanto la cabaña como el corazon de los que la habitan. Lo que siento es que nuestro amo no esté presente para obsequiaros como es regular. Pero á falta de él, aqui teneis á su hija.

Condesa. Y no habeis recibido noticias de Juan Mauclerc?

Margarita. No señora; todavía no; pero me da el corazon que no debo tardar en recibirlas.

ESCENA II.

DICHAS. GERVASIO.

Gervasio. (*Al salir, á un lacayo.*) Con permiso, mi general... no es esta la cabaña de Juan Mauclerc?

Margarita. Sí, amigo, sí...! Es de él esa carta?

Gervasio. Es suya... y no es suya; porque Juan sabe manejar á las mil maravillas la carabina y el sable; pero lo que es la pluma... vamos, en su vida las ha visto mas gordas. Ha aprendido á firmar su nombre, y santas pascuas...! no sabe mas! — Pero nosotros, en viendo su garabato... que ya lo conocemos todos en el pais, al pie de cualquier escrito... allá vamos á hacernos matar donde él nos manda, sin mas averiguacion.

Maria. Ya lo sé: ya sé que todos le quereis en Bretaña, como si fuèra vuestro padre... pero esa carta debe de ser para mí; dádmela, que estoy muy impaciente por saber de él!

Gervasio. Ah...! ya...! vos sois su hija...? Perdonad... con ese pelage, os tenia por una gran señora... Aunque sea descortesía, cómo os llamais?

Maria. Me llamo María.

Gervasio. Eso es! María. Y si sois su hija María, debeis llevar al cuello una cruz de oro con una flor de lis en cada punta.

Maria. (*Mostrándosela.*) Que era de mi madre...! miradla.

Gervasio. Ahí va la carta: no hay mas que hablar. Viene escrita de puño del señor cura de San-Laud; la firma no mas es de vuestro padre.

Maria. (*Besándola.*) Sí...! ella es...! la conozco!

Gervasio. Oh! sí...! de seguro sois hija suya...! ese beso lo dice mas claro que la cruz de oro!

Margarita. A ver, á ver qué dice el señor Juan?

Maria. (*A la condesa, que iba á retirarse.*) Señora condesa...! por Dios...! nosotros no tenemos secretos para vos, ya lo sabeis.—(*Lee.*) "31 de Agosto, de 1798..."

Gervasio. Eso es! 31 de Agosto...! Él no entra por eso de bautizar de nuevo á los meses, llamándolos mesidor y fructidor... Nada, nada...! 31 de Agosto... ya sabe uno que es... la víspera del 1.º de Setiembre.

Maria. (*Leyendo.*) "Mi querida María: acabo de dar una larga vuelta á la Bretaña, y he parado en casa del señor cura de San-Laud, que me hace el favor de darte noticias mias. Esta tarde marcho, y dentro de tres dias espero darte un abrazo, porque regularmente caminaré tanto como el que te lleve esta carta."—Ah! padre mio...! voy á volverle á ver!—"Saluda en mi nombre al señor conde y á la señora condesa, y no dejes de pedir á Dios por ellos, que tanto cariño te manifiestan."

Condesa. Pobre Juan!

Maria. (*Leyendo.*) "Te recomiendo el amigo que lleva esta carta: obséquiale, y dile que me aguarde en casa." Ay! Dios mio...! y yo no os he ofrecido nada... debiendo estar tan cansado!

Condesa. Aguarda... yo dispondré... (*Habla en voz baja á un lacayo, el cual pone en una mesita una botella y viandas.*)

Maria. Muchas gracias, señora condesa...! Tanta bondad...!

Condesa. (*Besándola en la frente.*) No seas niña...! qué bondad es esta!

Maria. Si me permitiérais que me retirase un momento?

Condesa. Dónde vas?

Maria. Mi padre va á llegar... ya lo habeis oido... y quisiera que me encontrase vestida con el trage del pais... Es cosa que le agrada tanto!

Condesa. Coqueta!

Maria. Coqueta?

Condesa. La verdad, no es mas que á tu padre á quien quieres agradar poniéndote ese trage que te sienta tan bien?

Maria. (*Turbada.*) Y á quién mas...?

Condesa. No será tambien por alguno de los cazadores que van á llegar?

Maria. Qué idea...! Eso podeis creer...?

Condesa. No, yo no creo nada; y la prueba es que voy á ayudarte á vestir.

Maria. Vos, señora!

Condesa. Sería la primera vez? Vamos, ven.

Margarita. Me necesitais para alguna cosa?

Condesa. No, Margarita: quédate, y acompaña al amigo de tu amo.

Maria. Hasta luego, amigo... Cómo os llamais?

Gervasio. Gervasio, para serviros!

Maria. Pues, Gervasio, comed bien, y bebed á la salud de mi padre.

Gervasio. Eso... nadie lo olvida cuando echa un trago. (*La condesa y María se van al cuarto de esta.*)

ESCENA III.

MARGARITA. GERVASIO. EL LACAYO.

Gervasio. (*Sentándose á la mesa.*) Ya se fueron...! me alegro como hay Dios!

Margarita. Y por qué?

Gervasio. Porque delante de ellas se me figura que no me hubiera atrevido á tomar bocado. (*Ve al lacayo, que está detras de él, en pie, con una servilleta y un plato: mira á Margarita y le hace señas: por fin se levanta y va á hablarla.*) Palabra.—Y ese señor se va á estar asi mucho tiempo?

Margarita. Es el que os va á servir.

Gervasio. Cómo...! á servirme á mí?

Margarita. Sí, hombre: no es un señor; es un lacayo.

Gervasio. Lacayo...! pues yo creí que era un general...! con esos galones...! En fin, mas que sea lacayo... me alegraria que se fuese... á mí me gusta servirme solo... Cuando me miran comer... vamos...! me atraganto...!

Margarita. Pues decidle que se marche.

Gervasio. (*Acercándose al lacayo, y deteniéndose.*) Vamos, tengo una cortedad...!

Margarita. (*Al lacayo.*) Amigo, este mozo no os necesita... os da las gracias, y dice que podeis iros á esperar al señor conde. (*Se va el lacayo.*)

Gervasio. Y cómo obedece! y sin hablar palabra...! (*Remedándole.*) Zás...! parece una figura de movimiento!

Margarita. Y yo os estorbo tambien?

Gervasio. (*Sentándose á la mesa.*) Oh! vos no...! vos sois paisana mia. Ahora vereis si me atraganto. (*Comiendo.*) Decidme, patrona: cómo es que María, la hija de Juan, que no pasa de ser un arrendatario, está vestida como una señora?

Margarita. Esa es larga historia!

Gervasio. Y no se puede contar?

Margarita. Sí tal.

Gervasio. Pues vaya, contádmela mientras yo juego esta mano... asi estaremos los dos ocupados.

Margarita. Con mucho gusto. Ya sabeis que el actual conde de San Bernal no es un verdadero conde.

Gervasio. No lo sabia...! Y si no es verdadero conde, por qué le llaman conde?

Margarita. Os diré. — Antes de la muerte del buen rey Luis XVI, habia un conde de San Bernal que estaba arruinado.

Gervasio. Pobre señor!

Margarita. Murió su muger, y él, viéndose asi sin medios para figurar, se puso tan triste!

Gervasio. Y por qué no trabajaba...? Ah! no...! es verdad...! los condes no trabajan; ya no me acordaba.

Margarita. Pues se puso tan triste, que el señor cura decia siempre, meneando la cabeza: "Hum...! hum...! esto no puede parar en bien!"

Gervasio. Qué demonio...!

Margarita. Y no se engañó! — Un dia el pobre conde salió á caza... y espera que espera... no volvia.

Gervasio. Se habia perdido en el soto?

Margarita. No: le encontraron tendido junto á una zanja...

Gervasio. Durmiendo?

Margarita. Muerto...! Se habia quitado la vida!

Gervasio. Él, á sí mismo...? Ave María!

Margarita. El señor cura dijo que eso no debian juzgarlo los hombres, sino Dios... y cogió, y lo enterró en el campo santo.

Gervasio. Bien hecho...! eso se llama un cura!

Margarita. No quedó en el castillo mas que una jóven huérfana que la condesa habia recogido, y cuando los

acreedores fueron á tomar posesion de la casa, la pobrecilla se vió obligada á buscar otro asilo: hizo un atillo con lo poco que tenia, y salió del castillo con ánimo de irse al convento de las Ursulinas de Rennes... pero al salir por las puertas le faltó el valor, y cayó de rodillas llorando y besando el umbral de aquella casa, donde habia encontrado una madre!

Gervasio. (*Enternecido.*) Vaya...! es una barbaridad contarle esas cosas á un hombre que está almorzando para que se le quiten las ganas...!

Margarita. Pues no me dijísteis vos...?

Gervasio. Es verdad... yo os lo dije... Y vamos, qué fué de esa pobre muchacha?

Margarita. Al levantarse, se encontró á Juan Mauclerc delante... Se conocian mucho, porque Juan iba todos los dias al castillo... y aun decian si la tenia inclinacion. Ello es que Juan la dijo: "Señora María, yo no soy mas que un pobre labrador... no tengo bienes... pero Dios me ha dado un corazon sano y recto... y este corazon está prendado de vos... Quereis aceptarlo lisa y llanamente como os lo ofrezco? Alargadme esa mano, y seré el hombre mas feliz de la tierra." — La señora María le dió la mano, y á los quince dias de esto los casó el cura.

Gervasio. Ya! ya...! ahora entiendo cómo esta niña María, hija de aquella María, se ha criado asi, como una señora: como su madre era tambien señora...! Y decid, Juan Mauclerc sería muy feliz, eh?

Margarita. Quién es feliz en este mundo? Al cabo de algunos años de casada, la muger de Juan empezó á ponerse tan mala...! tan estenuada...! asi estuvo unos diez y ocho meses... y á la postre una noche se murió... pero cómo murió...! como una santa, segun dijo el señor cura!

Gervasio. Qué desgracia para Juan y para esa niña!

Margarita. Esto fué el año 93, cuando acababa de empezar la guerra. El castillo lo habia comprado el padre del actual posseedor, y allá, rebuscando papelotes, arregló no sé cómo que en vez de llamarse el señor Duval á secas, le llamaron Duval de San Bernal: con esto se tuvo ya por noble, y se le antojó emigrar. Juan Mauclerc por su parte tomó la carabina, y se marchó á las filas de los realistas sublevados.

Gervasio. Y qué fué en todo ese tiempo de esa pobre María?

Margarita. La nueva condesa de San Bernal la recibió en el castillo, y la crió con su hija Clementina, que ha muerto hace tres años; lo cual hace que la condesa no pueda ya separarse de María, que la llame su hija... y... mirad... que se ponga á vestirla como si fuera su doncella.

Gervasio. Pues digo que eso y mucho mas se merece la niña... y el pícaro de Tomas es afortunado!

Margarita. Ah! ya sabeis que está su mano ofrecida á Tomas?

Gervasio. Sí: el tio Juan me ha contado esa historia, y me ha dicho que en cuanto llegase Tomas de Terra-nova, se haría el casamiento; porque ya la niña tiene edad...

Margarita. Vaya...! 17 años!

El lacayo. (*Saliendo, y llegándose por detras á Gervasio.*) Si este caballero ha concluido...

Gervasio. Yo...? Sí señor... al instante... ya lo veis... he concluido.

Lacayo. Lo decia porque he visto á lo lejos al señor conde y al señor de Horsillac que se dirigen acá... y como vienen tambien á comer...

Gervasio. Sí, sí... ya estoy... llevaos esto. — Ahora bien, tia Margarita, dónde echaría yo un sueño...? Por dónde se va al establo?

Margarita. Por alli... á la derecha... y hoy han traido paja nueva... que estareis como un príncipe!

Gervasio. Soberbio! — Si hago falta para algo... alli estoy... solo que habrá que llamarme con alma... porque voy á quedarme hecho un tronco... Y cómo siento no ver á la señorita María vestida de aldeana.

Margarita. Mañana la vereis.

Gervasio. Todavía estará aqui mañana?

Margarita. Sí tal!

Gervasio. Corriente...! Pues hasta mañana.

Margarita. Dormir bien! (*Al ir Gervasio á marcharse, aparecen el conde y Horsillac: él se hace á un lado, los deja pasar, y se va.*)

ESCENA IV.

EL CONDE. HORSILLAC. MARGARITA.

Conde. Cómo tan sola, Margarita?

Margarita. No, señor: la señora condesa está ahi dentro

con la señorita María, que se está poniendo el trage del pais, porque la ha escrito su padre que hoy ó mañana llegaría.

Conde. Hola! Juan Mauclerc va á llegar?

Horsillac. Ese gefe de los sublevados de quien me hablásteis?

Conde. Sí, ese mismo.

Margarita. Si el señor conde quiere que llame á las señoras...

Conde. No, gracias: advertidlas únicamente que hemos llegado, y que las esperamos sentados á la mesa... Que disimulen... porque los cazadores traen siempre mucho apetito. A propósito: no habeis visto por aqui al señor Fabian?

Margarita. No, señor conde.

Conde. Se nos ha perdido en la caza, y yo creí que vendria á esperarnos aqui.

Margarita. Aqui no ha venido nadie.

Conde. Bien está: podeis marcharos. (*Vase Margarita.*)

Horsillac. Pobre muger...! Se va asustada.

Conde. Por qué?

Horsillac. Teneis unas despachaderas...!

Conde. Hombre, hace ocho dias que habeis dado en la flor de repetirme eso mismo...!

Horsillac. Es que hace ocho dias que estais de un humor inaguantable!

Conde. Y quién no ha de estar de mal humor, viendo cómo van en el dia las cosas?

Horsillac. (*Trinchando.*) Oh! teneis razon! las cosas van siempre mal para aquellos que no consiguen tomar parte en ellas.

Conde. Cómo! creeis que digo esto por interes personal?

Horsillac. Interes personal...! qué disparate...! En una época como la que alcanzamos...! época de abnegacion y de patriotismo!

Conde. No hay medio de hablar de política con vos, Horsillac...! todo lo decís de burla!

Horsillac. Yo...! Jesus...! quereis hacerme pasar por escéptico, cuando al contrario, si tengo algun defecto es ser demasiado crédulo?

Conde. Si me querreis hacer creer que hablais con formalidad?

Horsillac. Con toda formalidad!

Conde. Decís que creeis en la abnegacion y en el patriotismo, y os jactais de conocer á fondo al miserable género humano?

Horsillac. Cuidado, conde...! que si me traeis á ese terreno, iré mas lejos de lo que vos quisiérais: si en lugar de creer en todo, me despojais de mis ilusiones y me haceis dudar de todo, no habrá razon para que crea en vuestra abnegacion y en vuestro patriotismo, dudando de la abnegacion y del patriotismo de los demas hombres.

Conde. Es que en cuanto á mí, me parece que hay diferencia! mi abnegacion es visible... mi desinteres es notorio...! yo lo consagro á una causa vencida y desgraciada... y no sé cómo se podrá atacar una conducta tan pura como la mia!

Horsillac. En estos tiempos, querido conde, todo se puede atacar...! y todo se toma... lo mismo las conciencias que las plazas fuertes: el arte de la corrupcion y el de la estrategia han hecho progresos asombrosos!

Conde. Con que en vuestro concepto la abnegacion y el patriotismo no existen?

Horsillac. Sí: existen... cuando existen; pero, como sabeis, conde, las cosas de este mundo son todas perecederas, y el alma tiene, lo mismo que el cuerpo, sus enfermedades. Las del cuerpo son... la tisis, la hidropesía, la aneurisma... qué sé yo! — Las del alma son... la ambicion, la avaricia, el orgullo, el ansia de empleos, la sed de honores... enfermedades escelentes, eso sí...! que en vez de matar como las otras, suelen dar vida... y vida muy larga y muy buena! Por qué no teneis esas enfermedades, conde? Un hombre con ese título, con esa riqueza y con ese talento, hace mal en no tenerlas!

Conde. Amigo mio, yo vivo en lo pasado, y tengo fé en lo venidero!

Horsillac. Lo pasado y lo venidero, señor conde, son enemigos irreconciliables: dejemos lo pasado, que no es mas que un cadáver... y miremos á lo venidero, que es un Dios! Yo, francamente, si fuera conde de San Bernal, si tuviera cien mil libras de renta, si pudiera levantar, como vos podeis, con una voz cuatro ó cinco provincias de Francia... antes de un año tendria un ministerio ó una embajada... y estaría en París, en Lon-

dres, en Madrid, en Viena... en un magnífico salon... recibiendo gentes que vendrian á decirla á mi muger que era la mas hermosa de la tierra... y á mí que era el primer talento del globo!

Conde. Y eso, cómo podria lograrlo?

Horsillac. Ay! Dios mio...! no hay nada mas sencillo... ya os lo he dicho mil veces.

Conde. Ah! volveis á la idea del periódico...! qué locura!

Horsillac. Pues no he de volver! Acordaos de Cristóbal Colon...! Todos los soberanos le tuvieron por loco y visionario... Isabel la Católica le dió un triste barco, y él en cambio la dió un nuevo mundo!

Conde. Por mas que digais, Horsillac, yo no puedo creer que han de influir tan poderosamente en un pueblo entero unas miserables hojas de papel... diarias ó semanales.

Horsillac. No lo podeis creer? Volved la vista atrás. Marat no levantaba á su antojo á París con *El amigo del pueblo?* Camilo Desmoulins no hacia temblar á los de la montaña con el...

Conde. Bien; y cuál fué el resultado que los dos consiguieron? Marat una puñalada, y Camilo Desmoulins la guillotina!

Horsillac. Pero ahora no estamos en el año 94, querido conde, sino en el 98: no estamos en época de accion, sino de reaccion: no tenemos la desgracia de vivir bajo la feroz Convencion; tenemos el gusto de que nos gobierne ese buen Directorio... Qué diablos...! Conde, no conoceis al bueno de Barrás...? ese no manda cortar la cabeza á sus enemigos como hacia aquel tigre de Robespierre: no señor...! éste los acaricia, los adula, los compra... como hombre culto y civilizado que es!

Conde. Con que vos os venderíais?

Horsillac. No...! venderme, no...! Transigir.

Conde. La palabra es distinta, pero la cosa es la misma.

Horsillac. No habeis visto muchas veces á dos enemigos antiguos hacer las paces y coligarse para combatir á otro enemigo nuevo? La historia está llena de esos ejemplos.

Conde. Pero siendo esa arma tan segura como decís, en qué consiste que son tan pocos los que la emplean?

Horsillac. Cachaza...! ya lo emplearán. La prensa periódica es una cosa nacida ayer; es una arma manejada por

ignorantes que no han aprendido todavía á utilizarla mas que en satisfacer ruines pasiones y miserables venganzas; asi es que el arma hasta ahora se ha vuelto casi siempre contra los mismos que la manejan. Pero tambien la pólvora hizo volar á su inventor; y en el dia, ya veis qué bonitos fuegos artificiales se hacen con ella. El medio que os propongo, conde, llegará con el tiempo á gastarse... no hay duda; porque todo se gasta con el abuso... y porque los tontos se meterán á periodistas; y los tontos lo echan todo á perder. Pero los primeros, conde, los primeros que siembren esa tierra, vírgen todavía... esos, yo respondo, sacarán abundante cosecha!

Conde. Hablais con una conviccion tal que casi llegareis á convencerme!

Horsillac. Eh! si vos ya estais convencido!—Oid un ejemplo. Veis á Fabian... ese jóven, primo de vuestra muger, que ha venido á pasar un mes al castillo...? no veis cómo, sin mas que ese periódico que escribe, titulado *La Nacion*, hace temblar en su palacio á esos cinco reyes que tiene ahora la Francia?

Conde. Pues bien, por qué no le compran?

Horsillac. Toma...! no le compran porque hasta ahora él no ha querido venderse.

Conde. Luego existe en el mundo abnegacion...? luego existe patriotismo...? Os he pillado, Horsillac!

Horsillac. No me habeis pillado!—Él no quiere venderse, porque no le ofrecen bastante. Es un chico que tiene mucha dosis de ambicion, y nada mas. Y si quereis que os diga la verdad, el tal Fabian, en el fondo, es periodista poco temible: es hombre de utopias, hombre de raciocinios, hombre de teorías... y que no echa mano nunca de la personalidad. La personalidad, conde...! esa es la espuela... la espuela que hace al caballo correr, y encabritarse, y botar, y revolcarse... y al potro mas rebelde lo pone blando como un cordero. Nada de atacar la vida política...! los hombres de partido la llevan cubierta con una coraza encantada que no la pasa ni la espada de Rolando! Lo que hay que atacar es la vida privada; conde...! donde hay que herir es en los sitios secretos, desnudos, desarmados... en fin, en la parte sensible...! Entonces cada golpe penetra hasta el corazon... y despues de una lucha, mas ó menos larga, el

enemigo que con tanta arrogancia os amenazaba, cae revolcándose á vuestros pies, exánime, despedazado y sangriento!

Conde. Y cómo es que hasta ahora no habeis empleado para provecho vuestro eso que me proponeis para el mio?

Horsillac. Tengo yo acaso los elementos que se necesitan para eso? Tengo yo posicion social? tengo título? tengo dinero? Tengo genio, y nada mas... lo único para morirse de hambre, mirando al porvenir! La proposicion que ahora os hago se la he hecho antes á otros muchos; pero nadie la ha comprendido... y ya voy viendo que á vos os sucede lo mismo!

Conde. No, no...! la idea nó la desecho enteramente... pero creo que por lo mismo que tengo posicion social, título y bienes, no puedo hacerme director ostensible de un periódico.

Horsillac. Nada de eso! Vos no apareceis sino como el patrono... el protector gratuito y desinteresado del periódico. Vuestro nombre, como el del principal fundador, le da aun antes de aparecer el color realista que debe tener: yo seré el redactor en gefe; yo daré la cara... las proposiciones del enemigo vendrán á mí... yo os las transmito... vos me decís *sí*, ó *no*, y entro en ajustes. Vos no necesitais dinero: el dinero será para mí. Pero sois ambicioso, teneis ansia de honores, y para vos serán los empleos, las embajadas, las cruces... porque lo que es cruces... ah...! lloverán de todas castas y colores!

Conde. Pero si no me engaño, ademas del fundador, que seré yo, y del redactor en gefe, que sereis vos, falta, segun la ley, otra tercera persona de mucha importancia, que es el editor responsable.

Horsillac. Es verdad... y ese es el mas dificil de hallar! Dia llegará en que se encuentren á bandadas... y por nada... por un pedazo de pan! Pero como el oficio es nuevo todavía, no es muy conocido. Nosotros necesitamos, para un periódico tal como el que vamos á hacer, un hombre asi... rudo... un infelizote... que lo deje pasar todo sin mirarlo... que lo firme todo sin leerlo... en fin, una mano sin cabeza ni corazon. Un hombre muy corrompido, ó un hombre muy de bien.

Conde. Y cuál será mejor de las dos cosas?

Horsillac. Sin disputa, el hombre de bien! Nos dará mas trabajo; pero tambien nos inspirará mas confianza.

Conde. Sí...? pues se me figura que tenemos aqui lo que necesitamos.

Horsillac. De veras...? quién...?

Conde. Chit...! Aqui viene Fabian... silencio delante de él. Luego seguiremos la conversacion.

ESCENA V.

DICHOS. FABIAN.

Conde. Oh! que ya está aqui el amigo Fabian! Qué os habeis hecho...? Qué significa esa mudanza de trage?

Fabian. Significa, señor conde, que asi que os perdí de vista al entrar en el bosque de San Bernal, vi venir hácia mí uno de vuestros criados con una carta urgente, que me obliga á marchar inmediatamente á París. Me fuí al castillo, me quité el trage de caza, dejé la escopeta, y vengo á despedirme de vos. Creí que las señoras estarian aqui...

Horsillac. Ahi dentro estan. Y María parece que os imita; tambien ha ido á mudar de trage.

Conde. Supongo que esa carta no traerá ninguna mala noticia, querido Fabian, y que el motivo que os llama á París no tiene nada de desagradable?

Fabian. No; pero la menor tardanza podria traerme consecuencias funestas. Ya sabeis que yo en la direccion de mi periódico voy á medias con otro: pues bien, se han aprovechado de mi ausencia para sobornar á mi consocio... le han hecho cuantiosas ofertas... y como yo le conozco y no fio mucho en su conciencia, temo que á estas horas esté traficando con su honor y con el mio. Ya conoceis que es indispensable que yo marche allá... y esto ahora mismo... sin perder un minuto.

Horsillac. Entiendo...! vos quereis estar allá, para mirar por vuestros intereses, y por la parte...

Fabian. Yo quiero estar allá, caballero, para decir á esos hombres del poder que no hay oro en el mundo, ni empleos, ni títulos que puedan comprar la pluma de un hombre de bien!

Conde. Segun eso, os ofrecen millones...?

Fabian. Me ofrecen mas ciertamente de lo que vale el periódico. Pero sea cual fuere la suma que me hayan ofrecido, ó que en adelante me ofrezcan, siempre será inferior á aquella en que yo estimo mi honra.

Conde. (*Aparte á Horsillac.*) Qué tal! Estais ahora convencido?

Horsillac. (*Aparte al conde.*) No, señor, no lo estoy todavía.

Conde. Con que nos dejais, Fabian?

Fabian. Os dejo, señor conde, agradeciéndoos mucho la franca y leal hospitalidad que he recibido de vos, á pesar de nuestras opuestas opiniones.

Horsillac. Id con Dios, noble reformador de nuestros abusos sociales...! noble defensor de los derechos del hombre...! republicano severo, inespugnable, incorruptible...! Y cuando hayais establecido la república de Licurgo ó de Platon, enviadnos cuatro letras por el correo diciéndonos el destino que nos reservais al conde y á mí en vuestra nueva Lacedemonia... ó en vuestra futura Atenas.

ESCENA VI.

DICHOS. LA CONDESA. MARÍA. MARGARITA.

Condesa (*Que ha oido las últimas palabras.*) Cómo es eso...! os vais á París?

María. Nos dejais, señor Fabian?

Fabian. Sí, señoras, sí...! y con grandísimo sentimiento...! podeis creerlo!

María. Ay! Dios mio!

Condesa. Será por algun asunto indispensable?

Fabian. Tan indispensable, y sobre todo tan urgente, que os ruego alcanceis del conde que me preste una de sus sillas de posta.

Conde. Cómo no...! al momento! Dos ó tres ha de haber en la cochera: tomad la que gusteis.

María. (*Aparte.*) Se va...! Dios mio...! se desvanecieron todas mis ilusiones!

Condesa. Pues vámonos al castillo todos, porque ya es tarde para continuar la cacería.

Conde. Es verdad; ya está oscureciendo.

Fabian. (*Aparte á María.*) Podré veros aqui esta no-

un instante...? quiero daros el último á Dios!

Condesa. Y tú, María, vienes, ó te quedas?

Maria. Yo, señora condesa... me quedaré.

Fabian. (*Aparte.*) Ah...!

Condesa. Pero de todos modos, nos veremos mañana?

Maria. Cómo no...! Y si no fuera por esperar á mi padre...

Conde. Vamos, Fabian, dad el brazo á vuestra prima. María, si tu padre llega esta noche, no te olvides de decirle que vaya á verme mañana sin falta.

Maria. Ya sabeis, señor conde, que para él cuanto vos digais es un mandato. (*El conde y Horsillac toman las escopetas, y se van siguiendo á la condesa y á Fabian. Los criados han quitado antes la mesa.*)

ESCENA VII.

MARGARITA. MARÍA.

Maria. (*Viendo que Margarita se dispone á hilar.*) Qué es eso...! Margarita...! Qué vais á hacer?

Margarita. A ponerme á hilar, para hacerte compañía.

Maria. No, Margarita...! no os molesteis por mí...! Vos teneis costumbre de acostaros temprano y yo tarde... Ademas, puede que mi padre no llegue hasta muy entrada la noche... ó quizá hasta mañana... Yo me estaré leyendo... y si dentro de dos ó tres horas no ha venido... tambien me iré á acostar.

Margarita. Y no tendrás miedo?

Maria. Miedo, de qué?

Margarita. Ea, pues bien, buenas noches.—Y tienes razon... ya se me cierran los ojos... A mi edad, no vale una para nada... A Dios, hija mia.

Maria. Buenas noches, Margarita. (*Se va Margarita á su cuarto.*) Dios mio...! por qué estoy yo tan triste cuando va á llegar mi padre...? Ah! es porque se va Fabian!

ESCENA VIII.

MARÍA. FABIAN.

Fabian. Yo soy, María!

Maria. Cielos!

Fabian. Os asustais de verme?

Maria. No, Fabian, no...! el veros me consuela!

Fabian. Entonces, por qué no me respondísteis poco ha, cuando os pedí permiso para deciros á Dios?

Maria. Qué sé yo...! porque la noticia me dejó sin alientos!

Fabian. Oh! Dios mio! seré tan feliz que mi partida os cause siquiera la mitad del dolor que á mí me causa? María! vos me amais?

Maria. Fabian... esta mañana sentia placer al veros... sin darme cuenta de mas...! Ahora que os vais... casi creo que os amo...! Mañana, cuando esteis ausente... temo que ya no me quede duda de ello.

Fabian. Ah! es que en ese caso, María, me quedaré. Vuestro padre debe llegar esta noche ó mañana, segun decís... Pues bien, yo le pediré vuestra mano... porque mi amor es puro, María...! porque mi intencion es haceros esposa mia! — Ah! repetidme esa palabra...! repetid que me amais... y sea cual fuere la desgracia que me aguarde en París, espero aqui á vuestro padre!

Maria. Qué decís...! Guardaos bien de eso...! Vos no le conoceis!

Fabian. Sí, sí le conozco... he oido hablar mucho de él... Sé que bajo una corteza áspera y ruda, encierra un corazon elevado y grande... Él comprenderá nuestro amor, María, y no querrá hacernos infelices á los dos!

Maria. Callad, callad...! y no os alimenteis con sueños! Mi padre es asi como habeis dicho; pero como buen hijo de la Bretaña, es duro y severo... con una fé profunda en Dios y en su rey. Yo no entiendo nada de esas cosas políticas... pero sé que mi padre pelea cinco años há contra vuestro partido... Vos no estais dispuesto á abandonarlo, como tampoco lo estará mi padre á abandonar á los suyos... y bajo cualquier pretesto que os presenteis á él, siempre os mirará como su enemigo... su enemigo mortal... porque me parece haber oido al conde y á Horsillac llamaros republicano... Ah! juzgad si mi padre... si Juan Mauclerc, gefe de los realistas de Bretaña, daria jamas su hija á un republicano!

Fabian. Pero ya, María, aquellos odios de partido, que tanta sangre han costado á la Francia, estan entera-

...te amortiguados... Ya veis, yo soy de opinion contraria al conde y á Horsillac, que son realistas tambien, y sin embargo nuestras relaciones amistosas no se han turbado ni siquiera un solo momento en el mes que he pasado en el castillo... Ah! y estoy seguro que si el conde tuviera una hija, no me la negaría.

Maria. Sí; porque vosotros sois hombres de mundo, hombres de sociedad, cuyo roce ha gastado la aspereza de vuestro carácter. Pero mi padre...! mi padre no es asi! Mi padre es un pescador sin cultura, un habitante de estos bosques sombríos y estas playas desiertas, donde se ha criado, y de donde no ha salido jamas.

Fabian. Cuanto mas cerca esté de la naturaleza, mejor comprenderá mi lenguaje! Sí, María, mas quiero tener que entenderme con él, que no con una de esas almas gastadas y corrompidas por el aire infecto de las ciudades ó el lujo de los castillos. Si no tenemos que vencer mas que la rudeza y severidad de tu padre... tranquilízate... yo sabré vencerlas!

Maria. Ay! Fabian...! mas hay que vencer...! mucho mas! Una palabra empeñada... un juramento solemne... Fabian, mi mano está prometida á otro.

Fabian. Cielos...! qué me decís! Y ese otro... quién es?

Maria. Un hombre que le salvó la vida.

Fabian. Y vos habeis consentido?

Maria. Yo era entonces una niña... no os habia visto... y no amaba á nadie. Mi padre me dijo que se trataba de pagar una deuda sagrada...

Fabian. Vos, María...! vos esposa de otro...! vos en otros brazos...! Ah! eso es imposible...! imposible!

Maria. No puede menos de ser, Fabian...! á menos que Tomas no nos devuelva la palabra.

Fabian. Tomas...! y qué hombre es ese?

Maria. Ese hombre peleaba al lado de mi padre en la batalla de Luzon... mi padre recibió un balazo en una pierna y cayó al suelo... Tomas cargó con él sobre sus hombros, y aunque mi padre se oponia, le llevó por veredas desconocidas á la cabaña de su madre. Alli lo escondieron, lo curaron, lo asistieron durante un mes. Cuando mi padre volvió á esta casa, trajo consigo á Tomas... el cual se prendó de mí... y mi padre apenas lo conoció, tomó mis manos y las puso

entre las suyas, diciéndole: "Tómala: tuya es, de hoy cuenta con su mano, á menos que tú no lo pienses de otro modo, y renuncies á ella."

Fabian. Y dónde está ese hombre?

Maria. Es un pescador... marchó á la pesca de la ballena, tres meses há, á fines de Junio... y si sale con bien, estará de vuelta á fines de Diciembre.

Fabian. Entonces, no hay mas que un medio.

Maria. Dios mio...! cuál?

Fabian. María...! es preciso hacer imposible ese matrimonio.

Maria. Cómo?

Fabian. En nombre del cielo... decid... me amais? me amais, María...? Respondedme!

Maria. Y me lo pregunta, Dios mio!

Fabian. Pues bien... seguidme...! Yo tengo una madre, una hermana... con ellas estareis mientras la condesa alcanza de vuestro padre...

Maria. Ah! jamas, jamas...!

Fabian. María...! quieres que yo muera! Sígueme...! A cien pasos de aqui me espera una silla de posta... Yo respetaré tu virtud... te lo juro...! serás para mí una hermana... un objeto sagrado...!

Maria. Dios mio...! Dios mio...! volvedle la razon... y haced que yo no la pierda!

Fabian. El crimen será mio... mio solo...! Tú no haces mas que ceder al amor... á la fuerza. Cuando llegue tu padre, yo me arrojaré á sus pies... yo le diré: "Matadme á mí solo! yo fuí quien la tomó en los brazos y la arrancó de aqui!" (*Queriendo llevársela.*)

Maria. (*Besando la cruz que lleva al pecho.*) Madre mia...! madre mia...! salvadme...! (*Óyense golpes á la puerta.*)

Fabian. (*Soltándola.*) Quién será!

Maria. Quién es?

Juan. (*Dentro.*) Yo: Juan Mauclerc.

Maria. Mi padre! — Huid...! huid, en nombre del cielo!

Juan. (*Dentro.*) Abre, María!

Fabian. Huir yo...! No será mejor...?

Maria. No, que me mataría...! Yo os amo... os amaré siempre... (*Abre la ventana.*) pero huid... huid!

Fabian. Juras ser mi esposa?

Maria. ...ya, ó de Dios!

Fabian. Me lo has jurado...! no lo olvides!

Maria. Por la cruz de mi madre... y lo cumpliré. (*Fabian salta por la ventana.*)

Juan. (*Llamando.*) María. (*María abre: sale Juan.*)

Maria Voy, padre!

Juan. (*Echándose en sus brazos.*) Hija mia!

Maria. Padre mio...! (*Arrodillándose á sus pies.*) Dadme vuestra bendicion...! Me habeis salvado!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion del 1.º — La carabina de Juan Mauclerc está colgada en la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA. LA CONDESA.

Maria. Tan de madrugada por aqui, señora condesa...! Dios mio! ha sucedido algo en el castillo?

Condesa. No, hija mia, nada; no te sobresaltes. Dónde está Juan?

Maria. Ha salido.

Condesa. Tanto mejor!

Maria. Ha ido á hacer su visita acostumbrada: ya sabeis dónde; al cementerio, donde descansa mi madre.

Condesa. Asi estaremos un rato solas, y podremos hablar.— María, tengo que decirte cosas muy serias.

Maria. A mí, señora condesa? Ya os escucho.

Condesa. Anoche vi á Fabian...

Maria. Dios mio...!

Condesa. Y me lo contó todo.

Maria. (*Echándose en los brazos de la condesa.*) Ah...!

Condesa. Que os amais... que no tendrá nunca mas esposa que tú... que se morirá sino alcanza tu mano...

Maria. Sí...! tambien á mí me lo ha dicho!

Condesa. Oye, María: Fabian es un jóven de escelente corazon: yo le quiero... casi tanto como á tí... Fabian te hará dichosa...

Maria. Ya sabeis que no puedo ser suya: estoy prometida á otro.

Condesa. Tomas, ya lo sé... Tambien es escelente sugeto, pero entre él y tú... ó por mejor decir, entre su educacion y la tuya, hay un mundo que os separa. Tomas te haria desgraciada.

Maria. Sí, sí...! eso es verdad!

Condesa. Tomas, con todas sus buenas prendas, no es mas que un rudo campesino; y tú te has criado en la culta sociedad, y tienes todos los hábitos que en ella se adquieren. Ese casamiento es imposible!

Maria. Tambien yo le he ofrecido á Fabian que no se verificaría: le he jurado no ser sino suya... ó de Dios!

Condesa. Ya lo sé. Pero tú, ni eres para la austeridad del claustro, ni para la soledad de los bosques: tú has nacido para la sociedad, María!

Maria. Y qué he de hacer?

Condesa. Cómo has hallado á tu padre?

Maria. Oh! muy cariñoso conmigo... tan cariñoso como siempre!

Condesa. No sospecha nada?

Maria. Nada.

Condesa. Y sigue siempre con las mismas ideas políticas...? con la misma rigidez de conciencia?

Maria. Mas que nunca. Fabian queria esperarlo... echarse á sus pies, pedirle mi mano... pero yo le he dicho que aunque mi padre no tuviera empeñada su palabra, jamas consentiria en que fuese yo esposa de un republicano.

Condesa. Sin embargo, si él viese á Fabian... si le tratase... hay en el corazon de ambos un fondo de lealtad, de honradez, que habia de hacerlos entenderse y apreciarse.

Maria. Pues qué...! va á volver Fabian?

Condesa. No: un asunto que toca muy de cerca á su honor le obligará á permanecer en París.

Maria. Con que para mí no hay esperanza?

Condesa. Sí la hay. Por ciertas palabras que he podido oir de una conversacion habida entre Horsillac y mi marido, he descubierto que tienen un gran proyecto, al cual quieren asociar á tu padre: en ese caso, iriamos todos á París, y Juan vendria con nosotros.

Maria. No, no...! mi padre no dejará nunca la Bretaña!

Condesa. Y por qué?

Maria. Por qué...? Se pueden acaso trasplantar las encinas de nuestros bosques? Se pueden mudar las rocas de

nuestras costas? Mi padre no dejará la Bretaña, señora condesa, creed lo que os digo!

Condesa. Pues es el único medio de que logres un resultado feliz...—Silencio...! aqui viene Juan.

ESCENA II.

DICHAS. JUAN.

(*Maria, asi que lo ve, va á su encuentro; y Juan se adelanta apoyándose en ella.*)

Juan. Buenos dias, señora condesa. Perdonad que no haya ido á presentarme al castillo: llegué anoche; y esta mañana, la primera visita que he hecho ha sido... ya sabeis dónde...! Ademas, como apenas son las nueve, no creí que estariais todavía visible.

Condesa. Hace algun tiempo que madrugo, querido Juan, por mandato del médico; y he venido paseando á ver á María, y á que me hablase del placer que le habia causado vuestra llegada...

María. Oh! muy grande! Nunca he deseado tanto como anoche la presencia de mi padre...! nunca le ha llamado mi corazon con ansia igual...! Dios mismo fué quien me le trajo!

Condesa. Y vos, Juan, os habeis alegrado mucho de hallar á María con el trage del pais?

Juan. Mucho... mucho, señora condesa! Pero si he de decir la verdad... me la he encontrado pálida... inquieta... temerosa...

María. No, padre, no...! no tengo nada.

Juan. No tengo nada...! Tu pobre madre me decia contínuamente lo mismo: "No tengo nada...!" y tambien me lo decia sonriendo, como tú...

Condesa. Vaya...! no abrigueis esos temores...

Juan. Ah! Dios me libre...!

Condesa. Hay mil noticias que pueden hacer que una niña de 16 años esté cortada y tímida delante de su padre...

María. Señora...!

Condesa. No temas!

Juan. Secretos conmigo!

Condesa. Juan, vos amais mucho á nuestra hija, no es cierto?

Juan. Yo me preguntais...? Mi hija...? el único tesoro que queda en el mundo!

Condesa. Pues tenemos que hablar de ella, Juan.

Juan. Cuando gusteis...

Maria. Señora...!

Condesa. Luego... ó mañana... tiempo hay...! No vayais á creer que es ningun secreto grave... No, Juan...! podeis abrazarla, y besar esa frente tan pura como la de un angel!

Maria. Os vais, señora?

Condesa. Sí: me vuelvo al castillo.

Juan. Me permitís que os acompañe...? Asi de camino, me presentaré al señor conde.

Condesa. Gracias, Juan. Creo que el conde ha de venir aqui...

Juan. Aqui, señora!

Condesa. Sí: tiene que hablar con vos de un asunto reservado; y dice que para eso es mejor que el castillo esta cabaña solitaria.

Juan. Estoy á las órdenes del señor conde.

Condesa. A Dios, hija mia...! ten confianza!

Maria. Confianza!

Condesa. A Dios, Juan.

Juan. A Dios, señora condesa.

ESCENA III.

JUAN. MARÍA.

Juan. María! María!

Maria. Padre!

Juan. Ven acá, hija, ven acá, que quiero darte una queja.

Maria. A mí, padre?

Juan. Desde cuándo tiene mi hija secretos que confia á los estraños antes que á su padre?

Maria. No, señor...! si yo no tengo secretos...! si yo no he confiado nada á nadie!

Juan. Pues anoche, cuando llegué, cómo fué que en vez de echarte en mis brazos, te arrodillaste á mis pies, como si me pidieras perdon de alguna cosa?

Maria. No, padre...! Era el gozo de veros... era que os pedia la bendicion!

Juan. María...! yo observo en tí una novedad cuya causa me ocultas. Vamos, hija mia, sé franca... dímelo todo!

Acuérdate que no tienes en el mundo mejor amigo que yo.

Maria. Ah! padre mio...! padre mio...!

Juan. Vamos...! habla, hija mia...!

Maria. (*Aparte.*) Ah! jamas podré!

Juan. Y lloras...! María...! tú lloras...!

Maria. (*Disimulando.*) No, padre... no lloro.

Juan. (*Impaciente.*) Quién viene ahora?

Maria. Es el conde... Tiene que hablaros en secreto... yo me retiro.

Juan. Bien: seguiremos la conversacion cuando se marche. (*Maria se va á su cuarto.*)

ESCENA IV.

JUAN. EL CONDE. HORSILLAC.

Juan. Perdonad, señor conde, que haya dado lugar á que vengais primero. Cuando iba á salir para allá, me dijo la señora condesa que tratábais de dispensarme el honor de venir á honrar mi pobre cabaña.

Horsillac. (*Aparte al conde.*) Es este nuestro hombre?

Conde. (*Aparte.*) El mismo.—Amigo Horsillac, esta pobre cabaña, como la llama modestamente Juan, es la que habita el hombre mas influyente de la Bretaña. Mientras esa carabina que veis alli colgada de la chimenea permanezca en ese sitio, no sonará un tiro desde Nantes á Lorient; pero si llega á dispararse, tres provincias se levantan haciendo fuego.

Juan. Vos exagerais, señor conde, el poder de un pobre pescador...! no es tanto como decís...

Conde. No temais, Juan: el señor es de los nuestros.

Juan. No me entendeis, señor conde: esto que digo no es porque yo tema á nadie, sino porque efectivamente es asi.

Conde. Sin embargo, no me negareis que venis ahora de hacer una cosa que nadie habia podido lograr: con una vuelta que habeis dado, habeis pacificado la Bretaña.

Horsillac. Y es comision que no habreis desempeñado de buena gana; porque siendo tan ardiente partidario de nuestros reyes, estareis mas dispuesto á la guerra que á la paz.

Juan. Sí...! Cuando la guerra puede ser útil á la causa que

defierro... cuando se sostiene con esperanza de buen éxito... pero no cuando la sangre de tres provincias se derrama en provecho de un puñado de ambiciosos! Por el bien general, estoy dispuesto á la guerra; y si viera hoy las mismas probabilidades que en el año 93, me arrojaría al combate con la misma decision y el mismo valor que lo hice entonces...! obedeciendo á mi conciencia, y dejando que Dios sentenciase entre mis enemigos y yo. Pero la fatalidad nos ha perseguido...! Nuestros gefes... unos han muerto en el campo de batalla, otros en el patíbulo... otros se han sometido... La Bretaña y la Vendée han agotado su sangre y su dinero... Sería preciso recurrir otra vez á los estrangeros... y Dios nos libre de los estrangeros! Lo que es yo... si llegaran á poner el pie en mi patria... veis esa carabina, señor conde...? pues la troncharía por la garganta, arrojaría los dos pedazos al mar, y me iría á decirles á los republicanos: "con vosotros me vengo." — Estrangeros, eh? Ya los conocemos acá, y sabemos el modo que tienen de ayudarnos!

Horsillac. Con que vos creeis que ya no puede hacerse nada en la Bretaña ni en la Vendée?

Juan. Nada.

Conde. Esa es tambien mi opinion, y en ese sentido he escrito á Coblentz, á la corte de nuestro rey. Pero, Juan, habeis de saber que hay muchos medios de servir á su patria.

Juan. Ya lo sé, señor conde.

Conde. Y un hombre tan decidido como vos por la causa de nuestros reyes... porque supongo que vuestra fidelidad á los Borbones no se ha disminuido?

Juan. Cuando yo doy una vez mi brazo y mi vida, no los retiro jamas, señor conde!

Conde. Pues por eso digo. Un hombre decidido como vos, puede hacer á la causa que ha abrazado diversos géneros de servicios.

Juan. Teneis algun gefe que poner á nuestra cabeza...? un gefe que se decidiese á mandar paisanos?

Conde. No. Vos mismo habeis dicho que un alzamiento en masa es imposible en estas circunstancias... y yo soy de vuestra opinion. No es eso: es un proyecto, que aunque mas pacífico en la apariencia, no será menos funesto á nuestros enemigos... por sus resultados. Queremos fundar

un periódico que defienda los derechos de la monarquía y de la legitimidad.

Juan. Un periódico?

Horsillac. Sí, un periódico.

Juan. Es verdad...! mientras andábamos aqui batiéndonos á balazos... me acuerdo que me decian que allá en París habia hombres que se batian tambien... con la pluma.

Horsillac. Y la pluma en estos tiempos, amigo Juan, causa heridas mas profundas que las balas mejor dirigidas. El eco de vuestra carabina apenas se oirá á media legua en contorno... y el eco de una idea habilmente emitida de un principio bien desenvuelto retumba por toda la tierra! Llegará un dia en que ese ruido que vos despreciais, señor Juan, haga callar el estampido del cañon.

Juan. Podrá ser, señores... pero mi vista no alcanza á tan lejos. Y en fin, de qué he de poder serviros en esa lucha, yo, pobre campesino, que no sé leer ni escribir, ni apenas firmar mi nombre...?

Conde. De qué habeis de poder servirnos? De mucho, Juan! Podeis consolidar nuestro proyecto con vuestro consentimiento, ó destruirlo con vuestra negativa. Para fundar un periódico se necesitan tres cosas: el dinero... ese le tengo yo: el talento... ese le posée el señor Horsillac; y la responsabilidad: para esa contamos con vos, amigo Juan. Yo seré el fundador, el señor lo redactará, y vos lo firmareis. Os toca la parte mas comprometida... la hemos reservado para vos, por ser el mas decidido y el mas valiente; porque se corre el riesgo de desafio, de prisiones... y quién sabe...? Si sobreviene una reaccion... acaso el cadalso!

Juan. Os doy las gracias, señor conde, por haberme honrado asociándome para semejante empresa á sugetos tales como vos...! Os doy las gracias por haber creido que mi decision no retrocedería ante ningun peligro... y os las doy sobre todo por haberme reservado, como decís, la parte mas espuesta de la empresa. Pero cada uno debe ocupar el puesto donde Dios le ha colocado. El mio, señor conde, son los bosques sombríos, las playas solitarias, y no el tumulto y la intriga de las ciudades. Si yo pudiera desde aqui hacer el servicio que me pedís... si desde aqui pudiera esponer mi vida, mi libertad, mi sangre... corriente! Os dejaría encargada á mi hija... á la

hijo de mis entrañas...! y á ello! — Pero eso no puede ser, señor conde: tendria que ir á vivir en vuestras ciudades... y qué ciudad? un París. Vamos, alli me ahogaría en una semana! Dejar yo, por el aire infestado de la capital, el ambiente fresco y puro de mi Bretaña!... dejar mis inmensos bosques, cuyas encinas conozco una por una! dejar ese mar tan pronto bravío como halagüeño, que siendo niño me bañaba los pies, y cuando sea viejo me adormecerá con sus bramidos! dejar mis prados, mis arenales, mis rocas... la iglesia en que fuí bautizado... la cabaña en que han muerto mis padres, el cementerio en que descansa mi esposa, mi pobre María... dejar este rincon donde he gozado... donde he padecido... donde está mi alma! No, no, señor conde...! á no ser que querais matarme... porque eso me mataría... os lo juro!

Conde. Pero, Juan, esas son quimeras...

Juan. Ah! vos no sois de este pais. Vos no habeis nacido aqui. Habeis venido por casualidad, y nada mas! La Bretaña, para vos, es una de las mil partes que habeis visitado... una de las mil provincias que habeis recorrido... es un alto que habeis hecho en la vida... pero no es vuestra existencia entera! Para mí la Bretaña es el universo...! Perdonad, señor conde... lo que es dejar la Bretaña... vamos, me es imposible!

Horsillac. Pero no ha de ser para siempre... dentro de dos años... ó quizá de uno, volvereis á vuestra tierra... y lo que es para salir ahora de ella... vamos... se os hará un puente de oro.

Juan. Y eso qué quiere decir, que no lo entiendo?

Horsillac. Quiere decir, amigo Juan, que en esos dos años puede un hombre hacer su suerte.

Juan. Ah...! Muchas gracias, caballero, porque ahora me habeis quitado un peso de encima! Cuando el señor conde me ponderaba los riesgos que habia que correr, me daba empacho el decir que no... me daba vergüenza casi el parecer tan tímido. Pero ya que me hablais de dinero, respondo con resolucion y orgullo que no quiero!

Conde. Juan, disimulad á este caballero: creyó que hablaba á un hombre vulgar...

Juan. Y no se ha engañado, señor conde: soy un hombre vulgar... Por acá los hombres vulgares son todos asi.

Conde. Con que, Juan, os negais?

Juan. Perdonad, señor, eso que me pedís es imposible.

Horsillac. Pues, conde, cómo ha de ser! Lo que Juan Lunsa, tengo yo mil que lo tomarán á dos manos.

Conde. En todo caso, Juan, si dentro de dos ó tres dias mudais de parecer, siempre os daremos la preferencia.

Juan. Gracias, señor conde; pero creo que no usaré de esa nueva bondad. Yo he echado raices en esta tierra, como las encinas y las rocas.

Conde. A Dios, Juan: dentro de dos dias marchamos á París.

Juan. Dios vaya con vos, señor conde.

Horsillac. (*Al conde, yéndose*) Este hombre es un tonto que no sirve para nada.

Conde. Vos sois quien ha echado á perder el negocio con vuestro puente de oro! (*Se van.*)

ESCENA V.

JUAN. *Luego* GERVASIO.

Juan. (*Despues de una pausa.*) Vamos, no puedo... no puedo aceptar!

Gervasio. (*Abriendo la ventana del foro, y asomándose por ella.*) Hola, mi gefe... estamos solos...? es cosa de poder charlar un rato?

Juan. Ah! eres tú, Gervasio...! Perdona que se me haya olvidado cuidarte.

Gervasio. Cuidarme! Pues qué, necesito yo que nadie me cuide? Ya me la sé yo buscar: preguntadle á la tia Margarita si no he llenado bien la panza...

Juan. Y has hecho bien. Has dormido?

Gervasio. Como un liron!

Juan. Entonces ya estás en estado de volverte á San-Laud, y ver al cura.

Gervasio. Cuando mandeis.

Juan. Escucha.

Gervasio. (*Saltando por la ventana.*) Presente!

Juan. (*Llamando.*) María!

Maria. (*Saliendo.*) Qué mandais, padre?

Juan. Tráeme recado de escribir.

Maria. Al instante. (*Va dentro por él.*)

Juan. Voy á darte una carta para el señor cura de San-Laud.

Gervasio. Se la daré en mano propia, si no me muero en

el camino. Ya sabeis que lo que vos mandais se cumple, aunque cueste el pellejo.

Juan. Sí, ya sé que eres buen muchacho.

María. (*Que ha sacado el recado y se sienta.*) Quereis dictarme?

Juan. Sí, escribe.—"Señor cura: esta sirve para deciros que asi que nos separamos, pasé por San Brieuc y por Pontivy, y que alli como en todas partes me prometieron los nuestros no hacer ninguna tentativa sin orden vuestra. Llegué anoche á San Bernal, donde, por la misericordia de Dios, he hallado con salud á la prenda que mas quiero.—Esta mañana ha venido el señor conde de San Bernal á proponerme una cosa que no he podido entender bien. Lo único que he sacado en limpio es que se trata de establecer un periódico en defensa de la buena causa. El queria llevarme consigo á París; pero yo he creido ser mas útil al rey quedándome aqui á esperar sus órdenes, y por consiguiente he rehusado.

María. Ah!

Juan. Qué tienes, hija?

María. Nada, señor... un vahido...

Garvario. Os poneis mala?

María. No... no os asusteis... no es nada.

Juan. Sientes algo?

María. No, señor. Sigamos: "...he rehusado..."

Juan. Nada mas. Pon ahora: "Vuestro con el mas profundo respeto..."

María. Quereis firmar?

Juan. Sí: dame. (*Firma.*)

María. (*Aparte, yéndose á su cuarto sin que lo noten.*) Dios mio...! se acabó mi única esperanza!

Juan. Gervasio, no pongo sobre: cuidado con perderla!

Gervasio. No tengais miedo!

Juan. Y si la pierdes... ya sabes lo que contiene.

Gervasio. Se lo repetiré palabra por palabra.

Juan. Bien.—Necesitas algo?

Gervasio. Nada: ya he almorzado.

Juan. Y dinero?

Gervasio. Para qué? No hay caseríos en todo el camino?

Juan. Pues echa á andar, y Dios te guie!

Gervasio. Ea, hasta la vista.—A Dios, señorita María... Calla! no está aqui ya!

Juan. Se habrá ido á su cuarto: creo que está algo mala.

Gervasio. Entonces no hay que molestarla.—(*A Margarita, que sale.*) Condios, tia Margarita. Aqui llevo un [illegible] de tortas para el camino. Qué mano teneis para hacer tortas!—Ea, condios!

Juan. A Dios, hombre!

ESCE A VI.

JUAN. MARGARITA.

Juan. Dime, Margarita, qué tiene María?

Margarita. Vuestra hija?

Juan. Sí: está mala... No lo has observado?

Margarita. Teneis razon. De algun tiempo á esta parte no hace mas que suspirar, y esta mañana tenia los ojos hinchados de llorar.

Juan. Ves cómo no me engañaba? Ha llorado y no le has preguntado qué tenia?

Margarita. No: yo creía que era de gozo por veros.

Juan. Las lágrimas de gozo no dejan esas huellas! (*Yendo hácia el cuarto de María.*) Ah! yo sabré qué es lo que la hace llorar... Pero ya se lo pregunté antes, y no quiere responder!—Dime, Margarita, el señor cura suele venir por acá?

Margarita. Casi todos los dias. Ayer estuvo.

Juan. Bien! Puede que él, como conocedor de las enfermedades del alma, sepa algo. Voy á hacerle una visita.

Margarita. Y si María pregunta por vos?

Juan. Puedes decirle dónde he ido; pero no la digas á qué: entiendes?

Margarita. No tengais cuidado. (*Se va Juan.*)

ESCENA VII.

MARGARITA. *Luego* MARÍA.

Margarita. Es mucho hombre! Quién diria al ver su aspereza y su valor que tiene ese corazon de manteca? A la menor indisposicion de su hija, ya está temblando como un niño!

María. (*Asomándose á la puerta.*) Margarita!

Margarita. Señora!
Maria. He visto salir á mi padre: dónde ha ido?
Margarita. A casa del señor cura.
Maria. Entonces, bien estará fuera una hora?
Margarita. Eso necesita para ir y volver.
María. Pues oid: vais á hacerme un favor!
Margarita. Y tambien dos.
María. Tengo que escribir á la señora condesa: vos llevareis la carta al castillo, y no se la dareis á nadie mas que á ella, estais...? á ella sola!
Margarita. Pierde cuidado: lo haré como dices.
María. Bien: gracias, Margarita!
Margarita. Pues me voy á poner otro delantal y otra gorra mas limpia. (*Aparte, yéndose.*) Hum...! hum...! Tiene razon el señor Juan...! aqui hay algun misterio!

ESCENA VIII.

MARÍA.

(*Sentándose y escribiendo.*) "Señora condesa: he perdido toda esperanza! Mi padre se niega á ir á París; estoy condenada á enterrarme aqui y á morirme de dolor! En nombre del cielo, vos que me llamais hija, y á quien yo quiero como á una madre, rogad, suplicad al señor conde que haga otra tentativa; porque alli, con vos encontraré la felicidad y la vida, y aqui padezco y me muero! (*Abren la puerta y aparece Juan.*) Cielos! mi padre!

ESCENA IX.

JUAN. MARÍA.

(*Juan se detiene á la puerta: Maria se levanta apresurada y se coloca delante de la mesa.*)

Juan. Estaba escribiendo!
Maria. Ah! sois vos, padre...? Yo creí que habiais ido á casa del señor cura.
Juan. Sí, hija mia; pero le he encontrado aqui cerca, que venia á visitar á la viuda de Bertrand... le he dicho que tenia que hablarle, y vengo á esperarlo aqui... Y tú, qué hacias?

Maria. Yo...? nada, padre.

Juan. Pues me pareció que estabas escribiendo.

María. Sí señor... unas coplas...

Margarita. (*Saliendo.*) Eh! venga la carta: ya estoy lista para ir al castillo.

Maria. No, Margarita... ya es inútil... no hay necesidad de que os molesteis.

Juan. Escribias al castillo?

Maria. Es verdad... sí señor... á la condesa... para que me enviase unos cuadernos de música... (*Rompiendo la carta y tirándola á la chimenea.*) Pero despues he reflexionado... Hacer á la pobre Margárita dar esa caminata por un capricho...

Juan. Ay! pobre María...! tú no estás acostumbrada á mentir!

Maria. A mentir, padre!

Juan. Tengo que hablar con el señor cura... Vete, que yo luego te iré á buscar.

Maria. Mi querido padre...!

Juan. Sí... tu padre, que te quiere con todo su corazon...! como queria á tu pobre madre... y quizá mas!

ESCENA X.

JUAN. MARGARITA.

Juan. Ya lo has visto, Margarita.

Margarita. El qué?

Juan. Su turbacion cuando la he sorprendido escribiendo... (*Recogiendo los pedazos de la carta.*) A quién escribia?

Margarita. En eso os ha dicho la verdad: á la señora condesa... Yo iba á llevar la carta.

Juan. Entonces su turbacion sería... por verme entrar asi... de repente... Bien está.

Margarita. Me necesitais para algo?

Juan. No, para nada!

Margarita. Ah! aqui viene el señor cura.

Juan. Bien está: vete. (*Se va Margarita.*)

ESCENA XI.

JUAN. *Luego* EL CURA.

Juan. En esto hay algun misterio que yo no alcanzo... Algo ha pasado aqui durante mi ausencia. (*Sale el cura.*) Ah! venid, señor cura.

Cura. Aqui me teneis, señor Juan.—Amigo, á los sesenta y ocho años las piernas ya no me llevan tan aprisa como quiero... Pero qué teneis...? estais agitado...

Juan. Quisiera hablaros sobre un caso de conciencia.

Cura. Mis luces son escasas; pero, en fin, hablad.

Juan. Tiene un padre derecho de sorprender un secreto de su hijo, cuando cree que la vida y la felicidad de este hijo estan en aquel secreto?

Cura. Dios ha puesto á los hijos bajo la guarda de los padres, y les ha dicho á estos: me respondeis de la virtud de vuestras hijas, y del honor de vuestros hijos. Por consiguiente no ha puesto á su autoridad mas límite que su propia conciencia.

Juan. Bien, padre: eso es lo mismo que yo creía. Pues oid lo que sucede: anoche, cuando entré aqui, encontré á María tan turbada, que pensé que se desmayaba. Esta mañana, mientras escribia una carta que yo le estaba dictando, se puso mas pálida que la muerte. Y en fin, ahora acabo de sorprenderla escribiendo un billete, que hizo pedazos al verme... Este billete... yo le recogí, y aqui está.

Cura. Le habeis leído?

Juan. No os acordais que yo no sé leer, padre?

Cura. Es verdad!

Juan. Pues bien; yo estoy seguro de que el secreto de María... ese secreto que no quiere descubrirme, está en este papel; y una vez que tengo derecho de averiguarlo... leed, señor cura, leed.

Cura. Pero yo, Juan, no tengo ese derecho.

Juan. No sois vos el legítimo depositario de los secretos del hombre? no sois el mediador entre la conciencia humana y la misericordia divina? no estais aqui para oir y perdonar...? Leed, señor cura, leed!

Cura. Bien: si tú lo quieres, leeré. (*Lee.*) "Señora condesa..."

Juan. Ya respiro...! era en efecto para la condesa!

Cura. (*Leyendo.*) "Señora condesa: he perdido toda esperanza: mi padre se niega á ir á París: estoy condenada á enterrarme aqui, y á morirme de dolor."

Juan. Eso dice?

Cura. Tal como lo oyes.

Juan. Seguid... seguid...

Cura. (*Leyendo.*) "En nombre del cielo, vos que me llamais hija, y á quien yo quiero como á una segunda madre, rogad, suplicad al señor conde que haga otra tentativa; porque alli, con vos, encontraré la felicidad y la vida, y aqui padezco y me muero!"

Juan. (*Cayendo en una silla.*) Ah...!

Cura. Juan...! qué es eso...! vamos...! juicio...!

Juan. (*Levantándose.*) Pero no; yo me altero sin motivo, no es verdad, señor cura? En eso no hay mas que un capricho de niña... un antojo momentáneo... que pasará, viendo la imposibilidad de satisfacerlo... Pero vos no me respondeis, señor cura?

Cura. Escucha, Juan: tú eres un hombre, y puedo hablarte como á un hombre. Despues verás lo que has de hacer.

Juan. Sí, señor cura, sí...! aconsejadme... guiadme.

Cura. No voy á darte ningun consejo, sino solamente á despertar en tí una memoria... la memoria de tu muger.

Juan. Hablad, padre, hablad!

Cura. Tu muger era la castidad misma, Juan... y si yo revelara su última confesion, verias en ella el último suspiro de un angel que se remonta á los cielos! — Pero, Juan, á aquel angel le faltaba el cielo para que habia nacido. Ya habrás oido hablar de esa dolencia que suele acometer á los desterrados de su patria? Pues eso es lo que padecia tu pobre muger. No porque echase menos el pais donde precisamente habia nacido, sino porque el pais de su alma era otra vida, otro mundo, otra sociedad distinta de la nuestra. Su entendimiento, ameno y cultivado, se marchitaba en medio de los nuestros, incultos y rudos: no habia compensacion entre lo que ella nos daba y lo que nosotros le devolvíamos. Pues bien, aquella muger, demasiado elevada, aquella que murió aqui sofocada por esta atmósfera espesa... aquella muger, Juan, era la madre de tu hija!

Juan. Sí, sí: todo eso es muy cierto... y lo recuerdo perfectamente! Nunca os lo he dicho... nunca os he hablado de ello... pero habeis de saber que desde la muerte de mi María, tengo un remordimiento en el alma! Dios sabe si yo la amaba! Dios sabe si hubiera dado mi vida por ella...! y si desde que la he perdido ha pasade un solo dia sin que la llore como á una compañera y la adore como á una santa! Pero es cierto...! yo quise reunir dos almas que habian nacido para vivir separadas: la muger de sociedad culta, con el hombre grosero de los bosques! Transporté la hija delicada del mediodia, acostumbrada al lujo y al sol abrasador, á estas asperezas tristes y frias de la Bretaña. Su corazon se helaba de dia en dia; yo queria reanimarlo con el fuego de mi amor... pero mi amor era tosco y salvage como yo, y no era asi como ella debia ser amada! Ella, sin embargo, la pobre, como era tan buena, sonreía con dulzura á mis rudas caricias... pero aquella sonrisa... ah! bien lo conocia yo...! aquella sonrisa era de gratitud, y no de amor!—Verdad es que nada le faltó en su vida... porque yo, en mi clase, soy rico; y una aldeana, en su caso, se hubiera juzgado muy feliz... Pero á ella le faltaba algo... y lo que le faltaba era un marido de su especie, un hombre que hubiera tenido la misma educacion que ella, un hombre de sociedad... que quizá la hubiera amado menos, pero que la hubiera hecho feliz! Al paso que yo, con todo mi amor, con mi amor profundo y eterno... la asesiné!

Cura. Juan! Estás loco Juan...? no digas eso!

Juan. Ah! mas hubiera valido el dia que la encontré arrodillada en el umbral del castillo de San Bernal, sin saber qué hacer ni dónde dirigirse... mas hubiera valido que hubiese vuelto la cara sin hacerla caso! Ella hubiera tenido que emprender el camino quizá con los pies descalzos... pero aquellos pies descalzos la hubieran llevado por el sendero que conduce á las ciudades... y alli no hubiera padecido y viviera todavía!

Cura. Vamos, Juan...! eso es exagerar...!

Juan. No, no es exageracion; era olvido, y nada mas! Pero lo que me habeis dicho me ha vuelto la memoria! Su existencia en esta cabaña fué una existencia de contínuo padecer. Aquella era su alcoba... ya os acordais...? Pues bien; yo no entré en ella una sola vez sin que, al abrir

esta puerta, la encontrara de rodillas, rezando y llorando... (*Diciendo esto, empuja la puerta y se ve á María arrodillada ante el reclinatorio de su madre, y llorando.*) Mirad...! asi... como está su hija María...! (*Tomándola en los brazos, y trayéndola á la escena.*) Reza, María, reza... pero no llores mas... Iremos á París!

María. A París!

Juan. Iremos donde quieras! (*Aparte.*) Alli perderé la vida, y acaso el honor...! pero ella no se morirá de pena como su madre! — Sí, María, reza, reza... pero no llores mas! — A París, hija mia...! Vámonos á París!

Cura. (*Mirando al cielo.*) Dios de los cielos! en la nueva senda que van á pisar, bendícelos, como yo los bendigo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

El teatro representa una sala en casa del conde de San Bérnal, en París.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA. MARÍA. FABIAN.

(*María está dibujando: la condesa bordando: Fabian en pie, al lado de esta última.*)

Fabian. Con que, prima mia, cuándo tratais de hacernos felices?

Condesa. No me hableis ahora de eso delante de María!

Fabian. Si no nos oye: está embebida dibujando una vista de Grecia, y por consiguiente, á seiscientas leguas de nosotros. No es verdad, María?

María. Qué?

Fabian. Lo veis, prima?

Condesa. Pero qué prisa teneis? María acaba de cumplir diez y ocho años, vos veinte y cinco... Os veis á todas horas... delante de mí, es verdad; pero no me parece que soy tan severa que os haga ya perder la paciencia.

Fabian. Qué quereis, prima...! tengo miedo de perder á lo mejor esta libertad que ahora disfrutamos...

Condesa. Cómo?

Fabian. El conde y yo seguimos en nuestra opinion política dos líneas tan opuestas...

Condesa. Razon mas para que no podais tener ningun encuentro.

Fabian. Nosotros no; pero nuestros periódicos todos los

dias se encuentran y chocan con violencia. Ese sistema fatal de personalidades que ha adoptado vuestro marido... esa divergencia, si no en el fondo de nuestras opiniones, en nuestro modo de espresarlas, al cabo nos hará reñir, y el conde acabará por significarme que renuncie á María.

Condesa. Bien sabeis que no es de ahí de donde ha de venir la oposicion, sino del padre de María.

Fabian. Pero dónde está ese padre de quien siempre hablamos, y que nunca he visto? Está en Bretaña...? yo iré á buscarlo. Reflexionad, prima, que hace tres meses que María está en París, y nada hemos adelantado. El conde llega hoy, despues de una ausencia de dos meses... y si su periódico sigue quince dias mas la línea que ha adoptado desde que aquel se marchó... reñimos sin remedio!

Maria. (*Levantándose.*) Tiene mucha razon en lo que dice, señora condesa!

Condesa. (*Levantándose.*) Pues bien, veamos: hágase una tentativa, ya que os empeñais; pero si sale mal, no echeis la culpa á nadie.

Fabian. Sí, sí, todo lo prefiero á este estado de incertidumbre, en el cual no sé lo que hay que temer ni lo que hay que esperar. — Escuchad...! una silla de posta entra en el patio...! Ese es vuestro marido, que llega!

Condesa. Y os vais?

Fabian. No quiero que en el momento de llegar me encuentre aqui, siendo tan temprano; quizá le llamaria la atencion. Mientras vais á recibirlo, me saldré por la otra puerta. A Dios, prima: pongo mi suerte en vuestras manos!

Condesa. A Dios, Fabian.

Fabian. Y vos, María, no dejeis de amar un poco al que os ama tanto!

Maria. Cuándo nos veremos?

Fabian. Ya sabeis... luego. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA II.

DICHOS. HORSILLAC. EL CONDE.

Conde. (*Que viene en conversacion con Horsillac.*) El

viaje, como veis, ha sido escelente... — A Dios, condesa! (*La besa la mano.*) Hermosa María, qué tal ha ido?

María. Muy bien, señor conde... contenta de veros.

Conde. Disimulad ahora... necesito estar solo con el ciudadano Horsillac... Si permitís...

Condesa. Bien está. María, vente á mi cuarto, y dejémoslos hablar de sus asuntos.

María. Es que... estoy esperando á mi padre... van á dar las once, que es la única hora en que viene á verme... (*Yendo á la ventana.*) Mirad, cuando yo decia... En el patio está paseándose... aguardando que den las once.

Condesa. Pues bien, el conde tendrá la bondad de avisarte: no es asi?

Conde. Sin duda. Ademas, quisiera yo hablar un rato con el bueno de Mauclerc... Cuidado no se os escape llamarle Juan-el-Rojo... Si se llegara á saber que es él...!

María. Ya me habeis dicho que corria peligro si descubrian que Juan-el-Rojo y Mauclerc son una misma persona; y podeis figuraros si por mi parte cometeré semejante indiscrecion.

Conde. (*Con intencion.*) Con nadie!

María. Con nadie, señor conde.

Condesa. Ven, María. (*Se van las dos.*)

ESCENA III.

EL CONDE. HORSILLAC.

Conde. (*Asi que ellas han desaparecido.*) A ver si algun criado nos escucha.

Horsillac. (*Despues de reconocer las puertas.*) Podemos hablar, conde.

Conde. Pues señor, deciais bien: nuestro partido está completamente desorganizado. Todos parece que se han vuelto locos! Solo el príncipe ve claro el negocio; pero á ese no hay quien le pueda hablar, ni se debe contar con él.

Horsillac. Y cómo os han recibido?

Conde. Oh! eso, muy bien...! Con muchos cumplimientos... y muchos elogios... pero nada mas...! nada positivo! En fin, ellos mismos han perdido ya la esperanza de volver á Francia.

Horsillac. Es lo que me estoy matando por haceros enten-

der hace tres meses...! Conde, el partido realista se ha hundido, y arrastrará en su ruina á todo el que tenga la desgracia... ó la necedad de permanecerle fiel.

Conde. Mucho lo temo!

Horsillac. Es cosa positiva.

Conde. Y vos, qué habeis hecho por acá?

Horsillac. Oh...! maravillas! Tengo á los miembros del Directorio furiosos! He tronado contra los festines del palacio de Luxemburgo: he difamado á las Aspasias y á las Mesalinas de la calle de Vaugirard... Barrás está desesperado; lo sé... y ya han venido algunos amigos á hablarme de su parte y á preguntarme qué es lo que me inspiraba un odio tan sangriento al gobierno.

Conde. Y qué les habeis respondido?

Horsillac. Yo les he respondido que no tenia odio á las personas; pero que censuraba lo que merecia censura. Me han hecho ofertas... pero las ofertas eran miserables... y he redoblado los ataques... hoy á la muger de este... mañana á la querida de aquel... En fin, he hecho de modo que el periódico ha sido denunciado, y nuestro editor responsable citado ante los tribunales.

Conde. Hombre...! y no me lo deciais...?

Horsillac. Hasta ahora no he tenido ocasion.

Conde. Y Juan lo sabe?

Horsillac. Yo no le he dicho nada. He recibido la papeleta de cita, y me la he guardado. Le sentenciarán sin oirle... de suerte que cuando le prendan, él ignorará el verdadero motivo... creerá que es por sus opiniones políticas.

Conde. Duro es eso...! — Y cuándo es el juicio?

Horsillac. Hoy mismo: habeis llegado á tiempo.

Conde. Horsillac...! mucho temo que me hagais meterme en un laberinto...

Horsillac. Os haré... os haré...! os haré lo que deseais. Antes de ocho dias los teneis á vuestros pies pidiendo misericordia... Poneis vuestras condiciones, y las aceptan.

Conde. Cuatro años hace que por mucho menos me hubieran enviado á la guillotina.

Horsillac. Eso os prueba que cuando las cosas cambian, los hombres harán una necedad en no seguir el mismo ejemplo.

ESCENA IV.

DICHOS. JUAN.

Juan. (*Deteniéndose á la puerta.*) Perdonad, señor conde, si entro sin avisar... Es la hora en que acostumbro venir á ver á mi hija... ya sabeis... Creí encontrarla aqui...

Conde. (*Acercándose á él y dándole la mano.*) Bien venido, Juan...! Me alegro mucho de veros...! Ya sabeis que acabo de llegar de Coblentz... y tengo el gusto de anunciaros que se ha hablado mucho de vos en cierto lugar elevado...

Juan. De mí, señor conde? Cómo he de creer que sepan ni aun de la existencia del pobre Juan las augustas personas á que aludís!

Conde. Pues estais equivocado, Juan: saben, y mucho!

Juan. Sí: puede que allá... cuando hacia la guerra á los republicanos al lado de Cathelineau, á las órdenes del valiente Charette ó del noble D'Elbeé... Sí... puede que entonces el nombre de Juan-el-Rojo tuviese alguna fama... Pero ahora que me llamo Mauclerc, y que no hago mas méritos que firmar todas las noches ese nombre oscuro al pie de la última página de un periódico, no sé de qué modo, corriendo tan poco riesgo, puedo adquirir tanta gloria!

Horsillac. Al contrario, Juan: ese nombre se repite todos los dias seis ú ocho mil veces... ese nombre va donde quiera que va el periódico. Y cuando aparece en él un artículo lleno de patriotismo, de lógica y de elócuencia, y los lectores se entusiasman, alli tienen el nombre de la persona á quien dedican su admiracion y sus simpatías.

Juan. Es decir que yo cargo con el premio de lo que no he hecho...? que yo recojo lo que otros siembran? Convendreis conmigo, señores, en que la cosa no es para envanecer á nadie.

Conde. Sí, Juan: porque esa responsabilidad no está tan exenta de riesgos como vos creeis. La guerra que hacemos en nombre de los buenos principios, la bandera que públicamente hemos enarbolado, nos ha atraido el odio de Barrás y su pandilla, y el dia de la persecucion ha llegado ya, Juan!

Juan. Venga enhorabuena... puesto que viene por cumplir nuestro deber! Ya me admiraba yo de ver que despues de tres meses de ataques diarios á nuestros enemigos no tratasen de vengarse, teniendo el poder en su mano! Y qué, me van á perseguir á mí, señor conde?

Conde. Sí. Aqui teneis á Horsillac, que ha recibido aviso de todo, y os enterará de lo que va á pasar... Yo he corrido la posta toda la noche, y estoy reventado...! voy á descansar un rato. Si necesitais algo... dinero... ó cualquier cosa... ahí está el cajero... ya lo sabeis... tiene orden de daros cuanto le pidais.

Juan. Muchas gracias, señor conde: yo no necesito nada... nada mas que ver á mi hija.

Conde. Pues bien, haced que la llamen... ó entrad á verla.

Horsillac. (*Queriendo marcharse.*) Le diré á un criado...

Juan. No, no, señor...! Yo la llamaré. Quisiera antes hablar un rato con vos.

Conde. Pues aqui os dejo. — Hasta la vista, Juan.

Juan. Criado vuestro, señor conde!

ESCENA V.

JUAN. HORSILLAC.

Horsillac. Perdonad si tambien os dejo: me estan esperando...

Juan. Un momento no mas.

Horsillac. Y de paso os diré que admiro vuestro heroismo! Habeis oido la noticia de vuestra prision con una serenidad...

Juan. Basta de cumplimientos. — Con que, decidme, los hemos herido en el corazon? Bien deciais que la pluma puede tanto como la carabina!

Horsillac. Y esa noticia que cualquier otro escucharía con miedo, vos, amigo Juan, la recibís hasta con gozo?

Juan. Sí, porque el martirio que se padece por la buena causa es glorioso! Decidme ahora: para qué dia me citan, y ante qué tribunal?

Horsillac. La papeleta lo decia... pero yo no la tengo...

Juan. Que no la teneis?

Horsillac. No: debe haberla recogido el abogado que ha de defenderos...

Juan. El abogado que ha de defenderme? Y para qué necesito yo abogado? Pensais que ha de saber él mejor que yo lo que tengo que decir?

Horsillac. Ya sé que vos teneis tanto raciocinio y tanta lógica como el primero; pero no entendeis el negocio. El abogado buscará tranquillas, efugios, medios dilatorios... y quizá logrará que os absuelvan; al paso que vos, con esa franqueza y claridad, os hareis condenar á...

Juan. Y quién os ha dicho que yo quiero buscar tranquillas y efugios? quién os ha dicho que yo quiero ser absuelto?

Horsillac. Cómo...!

Juan. La conciencia me dice que debo presentarme al tribunal franca y lealmente... y me presentaré. Acabemos, qué dia se ve mi causa?

Horsillac. Ya os he dicho que no me acuerdo... y tengo que hacer... (*Quiere irse.*)

Juan. (*Deteniéndole.*) Señor Horsillac...! no admito escusas! Venga esa papeleta al instante!

Horsillac. Pero qué habeis de hacer con ella...? Vos no sabeis leer...

Juan. Yo buscaré quien me la lea.

Horsillac. Yo la traeré y os la leeré...

Juan. Nada! lo que exijo es que me la envieis al momento!

Horsillac. Cómo! desconfiais de mí?

Juan. Yo no desconfio de nadie... y puede que haga mal!

Horsillac. Eso...!

Juan. Ea...! la papeleta...! la papeleta...!

Horsillac. Bien... ya que os empeñais... la buscaré... y os la enviaré aqui.

Juan. Ahora mismo.

Horsillac. Bien... ahora mismo.

Juan. La estoy esperando... Si dentro de media hora no está en mi poder... iré á arrancársela al que la tenga. (*Se saludan con frialdad, y se va Horsillac.*)

ESCENA VI.

JUAN.

Qué significan estos misterios? El tal Horsillac...! vamos, no me gusta este hombre...! tan amigo de manejos... y de

intrigas... Qué desgracia es para un partido tenerse que valer de semejantes hombres! (*Permanece pensativo mirando á la puerta por donde se fue Horsillac. Maria abre poco á poco la de su cuarto.*)

ESCENA VII.

JUAN. MARÍA.

Maria. Padre... estais solo?
Juan. Sí, hija mia!
Maria. Y no me llamais?
Juan. Acaba de irse el señor Horsillac.
Maria. Qué teneis...? estais triste...! pensativo...!
Juan. Yo...? no, hija mia, te engañas...
Maria. No me lo quereis decir?
Juan. Es que... quizá tenga que dejarte por unos dias...
Maria. Vos!
Juan. Sí: creo que tendré que hacer un viaje...
Maria. Adónde?
Juan. No sé... Asuntos del señor conde... aun no está decidido. Hablemos de otra cosa. — Dime: eres aqui feliz?
Maria. Oh! mucho!
Juan. Ya no querrás morirte? no deseas nada?
Maria. Qué puedo desear? El conde y la condesa me quieren con estremo! Ay! padre! qué diferencia de este París á nuestra pobre Bretaña! aqui se me figura estar en un palacio encantado. Solo vos me poneis triste algunas veces....!
Juan. Yo, hija mia, por qué?
Maria. Porque me aflije veros condenado á esa eterna soledad!
Juan. Hija mia... mírame, y di si he nacido yo para esta clase de vida! A tí desde niña te vistieron de señora... Yo nunca he llevado mas que mi trage provincial... asi es que estas botas... y estas casacas me martirizan...! No, hija mia, yo, por mas que haga, nunca perderé mis modales toscos... O he de volverme entre los mios... ó he de vivir en la soledad.
Maria. Pero aunque vivierais en la soledad, no podiais venir á verme mas de una vez al dia?
Juan. Si yo estuviera siempre á tu lado, María, te impe-

diría dar tus lecciones; te privaría de tus juegos.... No: prefiero disfrutar este rato en que te veo á solas... porque cuando estás en medio de esa sociedad, digo para mí: es posible que esa jóven tan elegante, tan fina, sea la hija de Juan-el-Rojo...! y hay momentos en que casi lo dudo...! Pero cuando estamos solos, y te estrecho en mis brazos y beso tu frente... entonces creo mi dicha...! porque ninguna jóven como tú se dejaría abrazar asi de un pobre pescador... si ese pobre pescador no fuera su padre! — Basta: hablemos de tí... de tus adelantos... Cantas mucho?

María. Sí, señor; y las canciones de nuestro pais, que no las he olvidado.

Juan. Las canciones de la Bretaña...! Ah! cántame una para alegrarme el corazon!

María. (*Poniéndose al piano, y cantando.*)

A Dios, mi adorada hermosa,
que el viento las ondas riza:
iza, marinero, iza,
y echa la balandra al mar.
El banco de Terra-nova
azotan ya las ballenas,
y entre espumas sus arenas
hacen al aire saltar.
Marinero, al mar!
Marinero, al mar!

Juan. (*Entusiasmado.*) Esa es...! Lo cancion del pescador...! Otra copla...! Otra...!

ESCENA VIII.

DICHOS, LA CONDESA.

Condesa. Sigue... sigue cantando. Sino, me vuelvo dentro.

Juan. Señora...

Condesa. La oí cantar, y creí que estaba sola; por eso he venido á mandar que os llamaran... porque tengo que hablaros, Juan.

Juan. A mí?

Condesa. Sí, á vos.

Juan. Estoy á vuestras órdenes.

Condesa. María, si quisieras dejarnos...

María. (*Aparte á la condesa*) Qué le vais á decir, señora?

Condesa. (*Idem.*) Ya sabes lo que he ofrecido á Fabian.

María. A Dios, padre.

Juan. Hasta luego, hija mia.

María. (*Aparte, yéndose.*) Dios mio! qué responderá!

ESCENA IX.

LA CONDESA. JUAN.

Condesa. Vamos, Juan, qué decís de María?

Juan. Qué he de decir, señora! que es lo que debia ser criada á vuestro lado.

Condesa. Segun eso ya conocereis que tengo algunos derechos sobre ella; no es asi?

Juan. Tanto ella como yo seriamos muy ingratos, señora, si no reconociésemos esos derechos y los grabásemos en el corazon.

Condesa. Asi, pues, convendreis en que me toca hasta cierto punto cuidar del porvenir de María?

Juan. Me tocais una cuestion muy delicada, señora...! Cuestion en que medito todos los dias... y desecho con terror!

Condesa. Me habeis entendido: queria hablaros acerca de establecer á María de un modo ventajoso...

Juan. Ay! señora...! No sabeis que no podemos disponer de la mano de María? Pertenece ya á uno de mis mas leales amigos... María está prometida á Tomas...

Condesa. Y ese compromiso es cosa tan formal?

Juan. He dado mi palabra; y mi palabra es sagrada!

Condesa. Pero no os estremece la idea de aventurar asi la suerte de vuestra hija?

Juan. Sí, señora! porque desde entonces acá he aprendido lo que no sabia...! he conocido que puede una muger morirse á los 28 años de tristeza por verse enlazada á un hombre leal, franco, varonil... pero muy diferente de otros elegantes y perfumados que he visto despues... Todo eso he aprendido... pero lo he aprendido tarde...! María estaba ya prometida, y... no encuentro mas que un medio de que quede libre!

Condesa. Hay un medio...? cuál es, Juan?

Juan. Levantarme yo la tapa de los sesos.

Condesa. Ay! qué horror!

Juan. Pues lo he pensado muchas veces.

Condesa. Callad, Juan, callad...! sois un loco!

Juan. No, señora: soy un desgraciado!

Condesa. Callad! si la pobre os oyera, se moriría de pena!

Juan. Es verdad...! No le digais, por Dios, ni una palabra á María!

Condesa. No tengais cuidado.

Un criado. (*Saliendo con un papel.*) Al ciudadano Mauclerc, de parte del ciudadano Horsillac.

Juan. Ah! dadme... ya sé lo que es... Podré, á mi vez, señora condesa, pediros un favor?

Condesa. Cuál?

Juan. Yo voy á marchar... y quiero que María ignore dónde voy.

Condesa. Vais á marchar! y dónde?

Juan. A una prision!

Condesa. Vos en prision! Juan...! pues qué habeis hecho para ir á una prision?

Juan. Yo, nada; pero en calidad de editor responsable de un periódico... respondo de lo que otros escriben. Afortunadamente, señora, el motivo porque me prenden es noble y honroso, y hay circunstancias politicas en que la persecucion es un título de gloria.

Condesa. Y qué puedo yo hacer por vos?

Juan. Este es el papel en que me citan ante el tribunal. El señor Horsillac no ha querido decirme ni á qué tribunal, ni en qué dia. Yo quisiera que vos, señora condesa, me hicierais este favor.

Condesa. Dádmelo.

Juan. Gracias, señora!

Condesa. (*Leyendo.*) Es para hoy...! para hoy mismo!

Juan. Para hoy...? Cómo es posible!

Condesa. (*Leyendo.*) "Palacio de justicia... Sala sesta... el martes 5 frimario... á las doce de la mañana..."

Juan. A las doce...! aun es tiempo.—Dádmelo, señora, dádmelo!—Hoy van á ver esos jueces lo que es un hombre! Yo les diré cara á cara lo que pienso de ese inmundo poder, de que son viles instrumentos...! A Dios, señora...! Mis enemigos me esperan, y voy á presentarme á ellos... Ah! en esta lucha la gloria es mia, y suya la vergüen-

za...! Los he herido en el corazon...! A Dios, señora...! (*Se va.*)

ESCENA X.

LA CONDESA. EL CONDE.

Conde. Qué ha ocurrido...? Creí que alguien reñía. No era la voz de Juan?

Condesa. Sí: era él, que como sin duda sabrás, está denunciado y marchaba á presentarse al tribunal.

Conde. Diablo...! Y se habrá ido furioso?

Condesa. No: entusiasmado y grande, como siempre...! Lleno de gozo porque va á sacrificar su libertad, despues de haber vertido su sangre.

Conde. Y lo sabe Horsillac?

Condesa. Creo que no.

Conde. Pues es preciso que al instante... (*Aparece Horsillac.*) Ah! aqui viene!

Condesa. Yo me retiro... Voy á cuidar de la pobre María.

ESCENA XI.

EL CONDE. HORSILLAC.

Conde. Horsillac...! sabeis que Juan ha ido al tribunal?

Horsillac. Sí: acabo de verle marchar. Me exigió que le entregase la papeleta, y no he podido escusarlo.

Conde. Qué diablo...! esto embrolla el negocio...!

Horsillac. Al contrario, señor conde...! el negocio sale á pedir de boca!

Conde. No entiendo...

Horsillac. A quién direis que he encontrado ahora en mi casa? A los emisarios del partido enemigo!

Conde. Es posible...!

Horsillac. Ya vienen pidiendo capitulacion... No os la dije? Si queremos entrar en negociaciones, el secretario particular del ciudadano director vendrá á vernos dentro de media hora.

Conde. Y seré embajador!

Horsillac. Sí...! sereis representante de esta gran nacion; y mientras vos procurais por los intereses del pobre pueblo... yo, vuestro digno secretario, procuraré de paso por los nuestros.

Conde. Horsillac!

Horsillac. Eh! dejaos de escrúpulos...! Bastante hemos combatido por una causa perdida. El periódico irá cambiando poco á poco de color... Dirán que nos han comprado... Nosotros sostendremos que el cambio ha sido únicamente por desengaño... por conviccion.

Conde. Lo que mas me inquieta es una cosa!

Horsillac. Cuál?

Conde. Ese Juan... cuando sepa el motivo de la denuncia... cuando oiga en el tribunal el acta de acusacion...!

Horsillac. Dejémonos ahora de Juan... Me consta que el fiscal ha recibido instrucciones, y... en fin, lo menos que le imponen es tres meses de prision... y la condesa se pronunciará en la audiencia de hoy, y desde alli se le llevarán...

Conde. Horsillac...! eso es terrible...!

Horsillac. Qué disparate...! Por el pronto le encierran, y no vendrá á molestarnos... Y lo que es nuestro negocio... dentro de ocho dias lo mas tarde está arreglado.

Conde. Cómo arreglado?

Horsillac. Sí: vos estareis nombrado embajador, y yo secretario... y cuando Juan salga, ya estamos en nuestro destino... á trescientas leguas de aqui... Que nos eche un galgo!

Conde. Capaz es de ir al fin del mundo!

Horsillac. Bien: si va... nos veremos...! Lo esencial es que en estos dias no nos estorbe. Si nos provoca luego... yo no huyo la cara á nadie... pero el valor es como todas las cosas... es un capital que hay que saber emplear á tiempo.

Conde. Pues me parece que ha llegado la ocasion, porque oigo la voz de Juan...

Horsillac. No: perdonad, no ha llegado la ocasion... Lo que es ahora sería una torpeza muy grande enredar un lance con él... Lo primero es lo primero...! y voy á dar la respuesta. A Dios. (*Se va.*)

Juan. (*Dentro.*) Decís que está en la sala...? Bien...!

Conde. Él es!

ESCENA XII.

EL CONDE. JUAN. UN CRIADO.

Juan. (*Abriendo violentamente la puerta.*) Aqui en la sala, con el conde...—Mientes...! aqui no está.

Criado. Perdonad... estaba ahora mismo.

Juan. Anda á buscarlo... Que me lo traigan...! quiero verle...! quiero hablarle!

Criado. Es que yo...

Juan. Haz lo que te mando! (*Se va el criado.*)

Conde. Qué teneis, Mauclerc?

Juan. Qué tengo...? Pero sí... quiero creer que vos lo ignorais... y yo os lo diré.

Conde. Qué tono es ese?

Juan. Perdonad...! hay momentos en la vida en que es imposible contenerse y medir las palabras... Ademas... estoy de prisa... me aguardan!

Conde. Hablad!

Juan. Señor conde, cuando me propusisteis venir con vos á París á ser editor responsable de un periódico que ibais á fundar y que redactaría el señor Horsillac... sabiais que aquella propuesta era mi vergüenza y mi deshonra...? sabiais que era proponerme la infamia?

Conde. La deshonra...! la infamia! Juan, no es deshonra ni infamia el defender cada uno sus principios! No es deshonra ni infamia el ir por ellos á una prision.

Juan. Es verdad: en ningun pais del mundo es eso deshonra ni infamia! Pero en todos los paises del mundo es deshonra é infamia introducirse como un espía en la vida privada de sus adversarios... en todos los paises del mundo es infamia el calumniar, el difamar... y es doble infamia, si el objeto de la calumnia y la difamacion es una muger que no puede defenderse ni vengarse!

Criado. (*Saliendo.*) El ciudadano Horsillac no está en casa.

Juan. Ya lo sabia yo...!—Pues eso es lo que se ha hecho, señor conde! Se ha calumniado... se ha difamado en nombre mio! Se ha abusado de mi crédula ignorancia... se ha especulado con mi estupidez... En lugar de ser mi nombre una bandera teñida de sangre... es un trapo manchado de lodo! Lo entendeis ahora?

Conde. Juan...!

Juan. Ah! tú lo sabes, Dios mio! tú sabes si ha habido en la antigüedad martir alguno que se presentase á sus verdugos á confesar su fé con la frente mas alta que me he presentado yo en este dia, apo-

yado en la pureza de mi conciencia! Quise defenderme... quise confundirlos... quise hablar de principios... de lealtad... y se echaron á reir, y me llamaron impudente y cobarde! Entonces fué cuando á la faz de doscientos testigos supe la verdadera causa de mi denuncia, y el legítimo crimen que la motivaba... Me leyeron el acta de acusacion... Oh! vergüenza...! vergüenza eterna...! creí que me volvía loco...! Pronunciaron la sentencia... tres meses de prision... y yo, fuera de mí, les grité que aquella era otra infamia... porque el castigo era poco para semejante delito; les pregunté dónde estaba la muger que habia insultado para ir á ponerme de rodillas delante de ella y pedirla perdon... y creyeron que deliraba, que habia perdido el juicio. — Entonces me ocurrió que antes de ir á la prision tenia que ajustar aqui una cuenta... y me lancé del tribunal y he venido volando!

Conde Juan, yo no tengo parte en eso, ya lo sabeis.

Juan. Sí, ya sé que eso se ha escrito durante vuestra ausencia... Ah! Dios me libre de sospechar lo mas mínimo del hombre que le sirve á mi hija de segundo padre! No, señor conde: yo os creo estraño á todas esas villanías! Pero ya lo conoceis; entre nosotros queda roto desde hoy todo pacto político. Reclamo, exijo que se borre al instante mi nombre de ese periódico, y que no aparezca mas en él.

Conde. Al instante, Juan...? eso es imposible!

Juan. Cómo imposible?

Conde. Cuando se está sirviendo á alguno...

Juan. Sirviendo...! Con que yo os estoy sirviendo...?

Conde. Quiero decir...

Juan. Sí, sí, sirviendo... decís bien, acepto la palabra! Despues de lo que ha pasado, quiero mejor haberos estado sirviendo, que haber sido vuestro socio... quiero que me llamen vuestro criado mejor que vuestro igual!

Conde. Juan...!

Juan. Pues bien: cuando un criado se despide, les da á sus amos ocho dias para que busquen otro... Yo os doy ocho dias, señor conde... Por ocho dias seguiré prestándoos mi nombre... pero cuidado! cuidado con lo que se escribe en estos ocho dias...! porque si apare-

ce otra infamia, pobre del que la haga...! juro por el alma de mi padre que me la pagará con su sangre!

Conde. Qué ruido es ese?

Juan. Nada... será que vienen á prenderme...—Señor conde...! el último favor...!

Conde. Cuál?

Juan. Andad... entretenedlos un poco... mientras la doy un abrazo á mi hija... Por Dios, que ella no los vea!

ESCENA XIII.

JUAN. MARÍA.

Juan. (*Abriendo la puerta.*) María! María...! no estás ahí?

Maria. (*Soliendo.*) Aqui estoy, padre mio.

Juan. Vengo á decirte á Dios: el viaje que te anuncié se ha acelerado: voy á marchar.

Maria. Y cuando, padre mio?

Juan. Ahora mismo.

Maria. Ahora?

Juan. Sí: no puedo menos!

Maria. Dios mio!

Juan. Pero escucha. Estás convencida de que por tí lo sacrificaría yo todo, menos el honor?

Maria. Sí, padre, sí. Sé que no hay en la tierra una hija mas querida que yo.

Juan. Entonces lo estarás tambien de que no te haría derramar una sola lágrima si no lo exigiese la mas imperiosa necesidad? no es asi?

Maria. Padre...! me asustais...! Qué ha ocurrido?

Juan. Que á mi regreso, hija mia, es preciso que nos volvamos los dos á Bretaña.

Maria. Ah!

Juan. Sí, hija mia, sí...! Ya sabia yo que el golpe era cruel... pero no hay remedio...! No me ruegues ni me llores, porque será inútil. Ya sabes que hay necesidades que todo el poder humano no basta á vencer.

Maria. Padre mio... obedeceré.

Juan. Bien, hija mia, bien...! Pero eso no basta: me has de disimular tu dolor... me has de ocultar tus lágrimas... porque si te veo padecer, me ablandaré sin remedio... y si me ablando soy perdido!

María. Marcharemos, padre, marcharemos cuando querais... ahora mismo...! Estoy pronta.

Juan. No: ahora soy yo quien va á marchar. María...! hija de mi alma! dame un abrazo!

María. Pero yo quisiera no separarme de vos... estar á vuestro lado hasta el momento de...

Juan. Quédate... quédate...! No te muevas de aqui... no te acerques á esa puerta... ni te asomes á esa ventana.—A Dios, hija mia...! A Dios, hija de mi vida...! A Dios...!

María. (*Aparte.*) Ah! Fabian...! todo acabó para nosotros! (*Cae en una silla.*)

(*Juan al irse la recomienda al conde, que aparece á la puerta del foro. Este se acerca á María, á tiempo que Horsillac sale con misterio por un lado.*)

Horsillac. (*A media voz.*) Hemos triunfado! La cosa está hecha...! El secretario particular del director presidente espera al señor conde.

Conde (*Yéndose con Horsillac.*) Ah...! vamos allá!

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

La misma decoracion del 3.º, adornada é iluminada para un gran baile.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA. CRIADOS. *Luego* EL CONDE *y* HORSILLAC.

Condesa. Está ya todo arreglado? Bien. No olvideis que al fin de cada contradanza se han de entrar bandejas con helados. — Dime, Vicente, has llevado mi carta al ciudadano Fabian?

Criado. Sí, señora.

Condesa. Bien; marchad.

Conde. (*Saliendo.*) Albricias, condesa; el ciudadano director me ha cumplido la palabra: acabo de recibir mi nombramiento...

Condesa. De embajador en Turin, no es eso?

Conde. Y cómo lo sabeis? yo creía ser el primero que os diera la noticia.

Condesa. He ido á visitar hoy á una antigua amiga de colegio que está en favor con uno de los directores, y ella me ha dicho que hoy mismo se firmaba vuestro nombramiento.

Conde. Y á qué habeis ido á ver á esa dama, condesa...? Solicitais vos tambien alguna embajada?

Condesa. No; pero viendo que capitulabais con el partido dominante, fuí á hacer que la capitulacion alcanzase á todos.

Conde. No os entiendo.

Condesa. Ya veo que he hecho bien en acordarme de Juan, puesto que todos aqui se olvidan de él.

Conde. De Juan...! Y habeis ido á pedir el indulto de Juan?

Condesa. Y creo que os alegrareis al saber que lo he conseguido; y que esta tarde, ó mañana á mas tardar, saldrá de la prision.

Conde. Y quién os ha dicho que os mezcleis en este asunto, señora? Veis esto, Horsillac!

Horsillac. La señora condesa ha seguido los impulsos de su corazon, y la doy la enhorabuena por el feliz resultado... Eso prueba vuestra influencia, señor conde.

Conde. Sí, es muy lisonjero... Pero reflexionad en los inconvenientes de la salida imprevista de ese hombre...!

Horsillac. (*Llevándoselo aparte.*) Y qué ha de resultar? Desde mañana firmo yo el periódico como editor responsable, y Juan no tiene ya que ver nada en el asunto. Le dais 20.000 francos de dote á María, su padre se la lleva á Bretaña, la casa con Tomas; y como es probable que no volvamos á necesitar de ellos, tampoco volvemos á oir el santo de su nombre, y asunto concluido.

Conde. Teneis un modo de ver las cosas, Horsillac, que no tiene nadie!

Horsillac. Y me engañan los resultados? Deseabais una embajada, y la teneis: habeis pedido 100.000 francos porque mudara de color el periódico, y ahí está el cajero esperándoos para contarlos. En fin, aventurásteis 40.000 francos... (*Sacando billetes.*) que estan aqui en libramientos á la vista contra el tesoro; y los 40.000 francos en tres meses os han producido 100.000 de intereses, y una embajada. Qué diablo! sois demasiado pesimista, conde...! y si este negocio no os satisface, buscad otro corredor... Yo, por mi parte, no alcanzo mas, os lo prevengo.

Conde. Vamos, hombre, me he equivocado, y vos teneis razon! Por lo demás, yo no tocaré á los 100.000 francos: vuestros son; esa es la parte que os corresponde á vos.

Horsillac. Aunque ese rasgo lo esperaba, no por eso os lo agradezco menos.

Conde. Vamos á firmar.

Criado. (*Anunciando.*) El ciudadano Fabian. (*Sale Fabian.*)

Conde. Querido Fabian, como creo que la visita será á vuestra prima, y no á mí, os dejo con ella. Espero que vendreis esta noche á mi baile?

Fabian. Mucho temo verme privado de ese gusto, señor conde.

Conde. La privacion en ese caso será nuestra, querido primo...! Vamos, Horsillac.

Horsillac. (*Aparte al conde, yéndose con él.*) Sabeis que se me figura que éste venia á pedirnos satisfaccion por el artículo de hoy? (*Se van.*)

ESCENA II.

FABIAN. LA CONDESA. *Luego* MARÍA.

Fabian. (*Mirándolos marchar.*) Puedo saber, prima, á qué motivo debo el honor de que me hayais mandado llamar?

Condesa. Ante todas cosas á la estrañeza que me causa el no veros hace tres ó cuatro dias.

Fabian. Condesa, leeis vos el periódico titulado *La verdad?*

Condesa. Yo no leo ningun periódico.

Fabian. Lo siento, prima, porque si leyerais ese (lo cual no sería estraño fabricándose en esta casa) no me dariais semejantes quejas.

Condesa. Siempre con opiniones exageradas, Fabian!

Fabian. No hay en eso exageracion, señora. Mientras he creido que el periódico del conde sostenia los intereses del pais contra este gobierno infame que el Directorio hace pesar sobre nosotros, he sido el primero á aplaudirle! Desde que le vi emplear en el ataque injurias y personalidades, ya me pareció que no era esa la guerra leal que debia hacer un hombre como el conde... Sin embargo, callé. Pero cuando he visto que despues de haber tirado con metralla al gobierno, de repente, sin poder esplicar un cambio tan brusco, se vuelve contra nosotros y nos tira con bala roja... ya no puedo menos de mirarlo como enemigo... y, francamente, no me gusta encontrarme cara á cara con mis enemigos sin decirles lo que siento. Hace cuatro ó cinco dias que el periódico del conde ha empezado á lanzar las mas infames diatrivas contra lo mas honrado del partido republicano á que

pertenezco... A mi persona no ha tocado todavía... verdad es que no he leido el número de hoy... Alli le veo... si me permitís...

Condesa. (*Deteniéndole.*) Vamos, Fabian... yo os he llamado para una cosa algo mas importante que un artículo de periódico. Se trata de vuestra felicidad y de la de María... Os ha hecho ya la política olvidar vuestro amor?

Fabian. Olvidar mi amor...! olvidar á María...! Jamas! Ah! si vos sois nuestro angel tutelar! A ver...! qué habeis hecho por nosotros?

Condesa. Ya os he contado mi conversacion con Juan.

Fabian. Y qué, le habeis hallado inflexible!

Condesa. Sí; pero esa inflexibilidad consistia en la promesa que habia hecho á Tomas.

Fabian. Y bien?

Condesa. Y bien! no habia mas que un medio de arreglar este asunto, y le he empleado.

Fabian. Cuál es? (*María sale y escucha.*)

Condesa. Esta era la época en que debia estar de vuelta: le he escrito, diciéndole la verdad.

Fabian. Y qué os ha respondido?

María. (*Acercándose.*) Una carta de Tomas...! Dios mio...! yo tiemblo.

Condesa. Leed, hijos, leed, y sed felices!

María. Leed, Fabian, leed!

Fabian. (*Leyendo.*) "Mi querido Juan: al llegar á Bretaña he sabido que tú y María habeis marchado á París. Juan, perdona á tu amigo; pero un pobre pescador no puede casarse con una jóven que se ha hecho una señora. Te devuelvo la palabra; y te la devuelvo porque de este modo, créeme, Juan, se evita la desgracia de tu hija, y la mia. A Dios, Juan; sé feliz, si puedes, en esa gran ciudad; pero, creedme, no hay verdadera tranquilidad sino en nuestra Bretaña.—Tomas."

María. Ah! bien os decia yo, Fabian, que en Bretaña hay corazones muy nobles!

Fabian. (*A la condesa.*) Ah! nos habeis hecho felices!—María, ya no tengo porque huir de tu padre...! Dónde está?

María. Ha ido á un viaje; pero llega esta noche ó mañana, segun me ha asegurado la señora condesa... y como

vos vendreis esta noche al baile, aqui os diré lo que haya.

Fabian. Escuchad, María: ya conoceis si el veros, si el poder estrechar vuestra mano en el baile sería de poco precio para mí...! Pues, sin embargo, no quisiera venir...

Maria. Por qué no...? Cómo habeis de negarnos ese gusto... sobre todo á vuestra prima, que ha hecho tanto por nosotros?

Fabian. Bien, sí, María: ya que lo quereis... bien... vendré.

Condesa. Pues no perdais tiempo si quereis bailar la primera contradanza con María, porque ya han dado las ocho.

Fabian. Dentro de un instante estoy de vuelta. (*Se va.*)

Condesa. Lo ves, María...? Todo se compondrá.

Maria. Creeis que consentirá mi padre, á pesar de las opiniones de Fabian?

Condesa. Tu padre ha aprendido ya á estimar á las gentes por lo que valen en sí. No dudes que estimará á Fabian y le llamará hijo.

Criado. (*Saliendo.*) Señora...

Condesa. (*Acercándose á él.*) Qué hay?

Criado. (*En voz baja.*) Me mandasteis que os avisara...

Condesa. Y bien?

Criado. Ahi está. (*La condesa le habla en secreto, y el criado se va.*)

Condesa. María?

Maria. Señora?

Condesa. No adivinas...?

Maria. El qué, señora condesa?

Condesa. Mira! (*Aparece Juan en el foro.*)

Maria. (*Corriendo á él.*) Padre mio!

ESCENA III.

DICHAS. JUAN.

Juan. Hija...! María...! Presagio de felicidad es para mí que seas tú la primera persona que encuentre!

Condesa. Y no lo es tambien, Juan, que sea yo la segunda?

Juan. Oh! sí, señora, sí...! porque os aprecio tanto como la quiero á ella... que no es poco decir.

Maria. Padre mio!

Juan. Y qué adornada estás! Qué hay esta noche en vuestra casa, señora condesa, que lo veo todo iluminado y lleno de flores?

Condesa. Hoy son mis dias, Juan; y habeis de saber qne esta ingrata no queria asistir á la fiesta.

Juan. Cómo, María?

Maria. Vos estábais ausente, padre mio...! ni siquiera sabia dónde os hallábais... Ah! mucho he llorado... mucho he padecido!

Juan. No he padecido yo menos!

Maria. Y es vedrad...! qué desfigurado...! qué palido! Os habreis cansado mucho en este viaje?

Juan. No hablemos de eso... que se disgusta la señora condesa.

Condesa. Es cierto... Ya has visto que hemos abreviado... cuanto se ha podido... ese viaje fatal!

Juan. Sé lo que habeis hecho por mí, señora, y os guardo aqui un agradecimiento eterno!

Criado. (*Saliendo.*) Señora, los convidados empiezan á llegar.

Condesa. Que entren al salon... voy un momento al tocador.—Juan, pordonad si no la dejo mas tiempo en vuestra compañía: necesito que me ayude á recibir... Siento mucho separaros...! Mañana será todo el dia vuestra. María, anda á recibir al salon. (*Se va.*)

Juan. (*Con pena.*) Separarnos ya...! Cómo ha de ser...! esperemos á mañana.

Maria. A mañana...? No: yo quiero veros esta noche. Mirad... os entrais por ahí á mi cuarto... y de cuando en cuando me escapo del baile, y voy á daros un abrazo.

Juan. Hija mia! (*La abraza.*)

Maria. Entrad...! entrad... (*Vase Juan.*)

ESCENA IV.

MARÍA. HORSILLAC.

Maria. Qué feliz soy! No ha hablado una palabra de marcharnos á Bretaña.

Horsillac. Señorita, permitid que os felicite por ese tocado! Estais con él hermosísima.

María. Si lo estoy, no es por el tocado, señor Horsillac, sino por el gozo que tengo... Acaba de llegar mi padre... y soy tan feliz... (*Se va al salon.*)

ESCENA V.

HORSILLAC. *Luego* FABIAN.

Horsillac. Hola...! el amigo Juan ha llegado...! Demonio! Demonio...! Si no le enviamos pronto á Bretaña, nos va á dar que sentir!.

Fabian. (*Sale azorado, mirando al rededor.*) Celebro encontraros solo, señor Horsillac: tenia que hablaros.

Horsillac. A mí, cababallero?

Fabian. Sí, señor, á vos. Al entrar ahora poco en mi casa, he encontrado allí á un amigo, y me ha dicho que vuestro periódico (que no leo por lo general) trae en su número de hoy un artículo relativo á mí.

Horsillac. Es muy posible: sostiene una polémica diaria... y vos sois persona de tal categoría en la prensa periódica, que no es estraño que vuestro nombre salga con frecuencia de la pluma de los redactores.

Fabian. Sí; pero ese artículo es insultante: me han dicho que ataca á mi honor...

Horsillac. Yo he leido el número de hoy muy por encima... y no sabré deciros si efectivamente hay eso...

Fabian. Justamente está allí; y si en efecto hay en el artículo algo que me deba resentir, me hareis el gusto de decirme á quién he de pedir satisfaccion?

Horsillac. Toma...! la cosa es clara... al que lo haya escrito.

Fabian. Pero como generalmente esos artículos no se firman, y los que en ellos calumnian suelen ser unos cobardes, me direis si á falta de firma conoceríais vos por casualidad á alguno que responda por el escritor anónimo?

Horsillac. Ahí está el editor responsable, que, como sabeis, responde de todo y por todo...!

Fabian. Algun miserable, quizá, á quien le darán 100 luises al año porque vaya á la cárcel, y 25 por cada palo que reciba.

Horsillac. Estais equivocado, caballero. Nuestro editor es hombre capaz de responder á cualquier provocacion que se le haga; y si quereis seguir mi consejo, no os metais con él.

Fabian. Ya! será algun espadachin... algun maestro de armas retirado... algun baratero mercenario.... Mejor! me alegro! — Bien está: esto era lo que queria deciros: gracias por las noticias que me habeis dado. (*Ambos se saludan, y Horsillac se va.*)

ESCENA VI.

FABIAN.

(*Tiene el periódico en la mano, y mira marchar á Horsillac.*) Familia miserable...! Harpias que manchan y envilecen cuanto tocan...! Víboras que muerden en las tinieblas, y se escurren despues...! Ah! ya te conozco! — Veamos. (*Lee.*) "Inglaterra... Londres..." No es esto. — "Ejército de Oriente... El general Bonaparte...." Tampoco es esto. — "El periódico titulado *La Nacion* decia ayer..." Aqui será, sin duda... Sí, ya veo mi nombre. — "Ya habrán notado nuestros lectores que el artículo está firmado por Fabian. Ahora bien, nadie ignora que el ciudadano Fabian, si bien respecto á su persona profesa principios de la mas severa integridad, no es asi respecto á su familia. Su madre, por ejemplo, cobra una buena pension del gobierno." — Mi madre...! atacan á mi madre...! les parece estraño que siendo viuda de un coronel, muerto en el campo de batalla, reciba una pension que es el precio de la sangre de su esposo! Ah! infames! — (*Lee.*) "... una buena pension del gobierno; y su hermana, á quien una oportuna viudez ha dejado libre en la flor de su edad, cobra otras cantidades, de origen menos legítimo..." Mi madre...! mi hermana...! No pudiendo esos cobardes decir nada contra mí, atacan á dos mugeres...! Ah! yo sabré quién ha escrito esto... y el que lo haya escrito, juro que me lo ha de pagar con su sangre!

ESCENA VII.

FABIAN. EL CONDE. *Luego* JUAN *y* HORSILLAC.

Conde. Oh! Fabian...! qué haceis aqui tan solo?

Fabian. Qué hago? yo os lo diré. Mirad...! busco al miserable que ha escrito esto en vuestro periódico. Podeis decirme su nombre... podeis decirme dónde está?

Conde. En mi periódico...? qué diablos estais diciendo...? Hago yo acaso el oficio de periodista?

Fabian. El empleo de periodista no es un oficio, señor conde, es una profesion sagrada! Verdad es que esta profesion suele hacerse inferior á los oficios mas viles cuando la ejercen ciertas personas que yo conozco... y que sabré castigar, lo juro! Entre tanto, este periódico tiene al pie la firma de un hombre: este hombre, que nadie conoce, llamado Mauclerc, escudo infame detras del cual os escondeis todos, dicen que habita en esta casa... Dónde está, señor conde? Si no quereis que entre en la sala del baile con el periódico en la mano preguntando á todos vuestros convidados, uno por uno, quién es Mauclerc, quién es ese villano...! decidme, señor conde, decidme dónde está Mauclerc?

Juan. (*Acercándose.*) Quién me llama? quién pregunta por mí?

Fabian. Sois vos uno que se llama Mauclerc?

Juan. (*Con frialdad.*) Sí, señor.

Fabian. Sois vos el editor responsable del periódico llamado *La verdad*...? De este? (*Se lo enseña.*)

Juan. Sí, señor.

Fabian. Asi pues, vos sois responsable de los articulos que se escriben en él?

Juan. Sí, señor: hasta mañana, no mas.

Fabian. Pues bien...! Sois un cobarde...! un vil...! (*Le abofetea con el periódico.*)

Juan. (*Saltando sobre él.*) Dios mio...! perdóname que le despedace!

Conde. (*Agarrándolo.*) Qué haceis...? Horsillac...! Horsillac...! (*Sale Horsillac, y ambos le sujetan. Fabian se retira.*)

Fabian. Sois hombre de puños...! pero mañana veremos si lo sois tambien de corazon!— A las ocho vendrán mis padrinos á buscaros.

Juan. Y no me hagais esperar, porque ya tengo hambre de que nos veamos las caras!

Fabian. No tendreis mas que yo!

Juan. Pues hasta mañana!

Fabian. Hasta mañana!—(*Se va.*)

Juan. Qué es esto, señor...? Alguna nueva infamia, sin duda!—Dios mio! cuándo ha de caer tu rayo sobre el verdadero criminal!—Vosotros sois los únicos que yo conozco aqui: me servireis de padrinos.—Hasta mañana, señores!

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

La habitacion de Juan.—Puertas laterales, y puerta al foro que da á un corredor. A un lado una chimenea: sobre ella está colgada la carabina de Juan, el sombrero, la chaqueta y demas prendas del trage de los aldeanos de Bretaña.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.

Las siete! aun falta una hora para que el conde y Horsillac vengan á buscarme. Ellos se han encargado de arreglar el lance con los padrinos de mi adversario... Dicen que esa es la regla. Nosotros no tenemos que hacer mas que batirnos. Tanto mejor! Aprovecharé esta hora para ir á dar un abrazo á María. (*Llaman á la puerta de la izquierda.*) Quién llama?

ESCENA II.

MARÍA, *entreabriendo la puerta.* JUAN.

María. Soy yo, padre.

Juan. Eres tú, hija mia! ven...! Y yo que no me atrevia á ir á tu cuarto por temor de dispertarte!

María Ay! padre! no he dormido en toda la noche...! Me asusté tanto cuando fuí á mi cuarto á buscaros y no os encontré! Pregunté por vos, y me dijeron que os habíais retirado á causa del cansancio del viaje... pero esto me lo

decian con un tono tan estudiado, que me sobresaltaron Hice algo que os disgustara, padre?

Juan. Tú, hija mia!

Maria. Eso he venido á preguntaros.

Juan. (*Sentándose y trayéndola á su lado.*) No, María, no: tú eres un angel! Yo soy mas bien quien se arrepiente á veces de haber contraido en tu nombre compromisos que quizá tú repugnas, hija mia!

Maria. Padre...!

Juan. Escucha! Te he preguntado muchas veces cuál era la causa de tu tristeza, y nunca me has respondido. Tu corazon, tan franco siempre conmigo... nunca sobre ese punto ha querido descubrirse. Dime, aquella tristeza no provenia quizá de otro motivo que no era solamente de vivir en Bretaña? Vamos, dímelo...! La condesa me habló, hace ocho dias, de cierto casamiento...

Maria. Sois tan bueno conmigo que venia resuelta á descubriros un secreto... y sin embargo, si no me animaran vuestras palabras, no me hubiera atrevido. Y aun asi... Ah! padre mio...! perdonadme...! (*Se echa á sus pies.*)

Juan. Qué haces, hija mia...! Levanta...! Te conozco bastante para no temer que ese secreto tengas que revelármelo de rodillas.

Maria Eso no, padre mio, eso no! (*Levantándose.*) Es un secreto que puedo deciros con la frente muy erguida, porque es un amor que me envanece!

Juan. Un amor...! con que tú amas, infeliz, sabiendo la promesa que nos liga? Qué esperanza es la tuya? que yo sea perjuro, ó que Dios haga un milagro?

Maria. No sereis perjuro, padre mio: Dios ha hecho ya el milagro! Tomas renuncia á mi mano, y os devuelve la palabra: ya somos libres... (*Juan se levanta: María vuelve á echarse á sus pies.*) Libre sois, padre mio, de hacer la dicha ó la desgracia de vuestra hija!

Juan. Y cómo sabes eso?

Maria El señor cura ha escrito en su nombre, y él ha firmado la carta.

Juan. Y quién tiene esa carta?

Maria. El que ha de venir esta misma mañana á echarse á vuestros pies... á deciros que me ama, que no puede vivir sin mí, que moriremos ambos si no consentis en unirnos! Y en cuanto á mí, creed, padre mio, que me hu-

biera muerto sin descubriros este amor mientras hubiera durado el compromiso de vuestra palabra.

Juan. Y qué jóven es ese?

Maria. Un primo de la condesa, á quien ella quiere mucho, y del cual la habreis oido hablar muchas veces... Fabian.

Juan. Es verdad...! me acuerdo...! Y con mucho elogio...! como de un jóven escelente...! Dios mio! te doy gracias...! Si yo falto, ya dejo asegurada la suerte de mi hija!

Maria. Qué decís, padre...? qué presentimientos son esos?

Juan. Nada, nada...! Hablemos de tí. Le quieres tú mucho?

Maria. Ah! sí, padre mio! mucho...! mucho...!

Juan. Y desde cuándo?

Maria. Cuatro meses hace...! Desde que le conocí.

Juan. Cuatro meses!

Maria. Sí, señor: en Bretaña le vi... Fue al castillo del conde, y se marchó el mismo dia... (*Con empacho.*) la misma noche que vos llegásteis.

Juan. Vamos, serénate, y sé feliz, que ese es mi único deseo!—Dices que ese jóven...

Maria Debe venir ahora... vais á verle. A no ser que alguna ocurrencia se lo impida... porque tambien anoche debió venir al baile y no vino. Ah! cuando le veais, cuando le trateis, padre mio, le amareis como yo. Él me ha prometido quereros tanto...!

Juan. Y á qué hora debe venir?

Maria. Eso no sé... Como no le vi anoche...

Juan. Es que á las ocho tengo que salir.

Maria. Pues voy al cuarto de la condesa. Quizá ella habrá recibido alguna esquela suya, y sabrá algo... Yo volveré corriendo á decíroslo.

Juan. Espera: quiero que hagas antes otra cosa. En un periódico de ayer dicen que viene cierto artículo que ha ofendido á un sugeto. Quisiera que me leyeses ese artículo, para que yo pueda juzgar por mí mismo de la gravedad de la ofensa.

Maria. Ay! Dios mio! estareis acaso comprometido en algun negocio de esos?

Juan. No, hija mia.

Maria. De veras?

Juan. No tengas cuidado.

Maria. Y dónde está ese periódico?

Juan. Voy á buscarlo.

Maria. Ah! padre mio...!

Juan. Qué es eso...? Aun estás turbada! Me has ocultado algo?

Maria. Sí, señor!

Juan. Pues dímelo... dímelo todo!

Maria. No es mas, sino que... Fabian es de una opinion contraria á la vuestra... Fabian es republicano, y yo recelaba...

Juan. Hija mia... yo he aprendido á estimar á los hombres de bien, aun entre mis adversarios... y á despreciar á los viles intrigantes, aunque sean de mi partido. Fabian es hombre de bien... no me importa lo demas!

Maria. Ah! bien le dije yo, que érais el hombre mas noble que existia en el mundo! Ah! qué felices vamos á ser!

Juan. Espérame un momento. (*Se va por el foro.*)

ESCENA III.

MARÍA.

Dios mio! Dónde estará Fabian...? Si tuviera tiempo de ir al cuarto de la condesa, y volver... Sí, tiempo tengo... (*Abre la puerta.*) Él es... Fabian...! Dios me le envia...! Ah! venid, venid...!

ESCENA IV.

MARÍA. FABIAN.

Fabian. Eres tú, María...! Te andaba buscando... Me dijeron que estabas en el cuarto de tu padre... y he venido segun convinimos... He hecho mal?

Maria. Y sin venir anoche...! Ingrato...! merecias que no te dijese lo dichosa que soy.—Fabian, mi padre lo sabe todo, y consiente en todo... Iba á mandarte llamar...

Fabian. Oh! María...! María...!

Maria. Mi padre es tan bueno, que no he tenido valor para ocultarle nada: ya sabe que eres de opinion contraria á la suya; pero tiene noticias de tí, y aprecia tu honradez.

Fabian. Dios mio...! me has alzado á la cumbre de la felicidad, para abandonarme despues?

María. Fabian...! qué dices...? qué presentimientos son esos? por qué dudas de la bondad de Dios, cuando nos colma de dichas?

Fabian. Porque á veces, al tocar la felicidad, suele escaparse de nuestras manos. Ah! María...! si me sucediera una de esas desgracias imprevistas... repentinas...

María. Fabian...! tus palabras me aterran...! Ha sucedido algo? En nombre del cielo dime qué ha sucedido!

Fabian. Qué ha sucedido...? Nada, María, nada, sino que pidas á Dios que no nos separe!

María. Separarnos, Fabian! quién ha de poder separarnos?

Fabian. (*Abrazándola.*) María...!

María. Separarnos...! Jamas...!

ESCENA V.

DICHOS. JUAN.

Juan. Qué veo...! mi hija...! en brazos de ese hombre! (*La arranca de los brazos de Fabian.*)

Fabian. María...! María...! este hombre es tu padre?

María. (*Asombrada.*) Este es Fabian, padre mio...! Fabian, este es mi padre.

Fabian. María! este hombre me ha hecho un insulto sangriento, y voy á batirme con él.

Juan. Hija mia...! ese hombre me ha dado una bofetada, y es preciso que le mate.

María. (*Cayendo de rodillas entre los dos.*) Dios mio...! Dios mio...!

Juan. (*Dejándose caer en una silla.*) Maldicion sobre los que me roban hasta la felicidad de mi hija!

Fabian. María...! esto se acabó!

María. (*De rodillas siempre, tendiendo los brazos, ya al uno, ya al otro.*) Escuchadme...! Escuchad á vuestra hija...! Escucha á tu esposa...! A María, que debe ser el angel de paz que os reconcilie!

Fabian. Jamas! jamas!

Juan. María! te mando que calles!

María. (*Abrazando sus rodillas.*) Padre mio...! No por mí...! qué importa mi felicidad al lado de vuestra vida...! por vos, por vos...! Morir el uno á manos del otro...

Oh! es imposible...! Dios no puede consentir semejante crimen!

Juan. (*A Fabian.*) Caballero...! ya veis que vuestra presencia aqui...

Fabian. Sí, señor; y me marcho.

Maria. (*Poniéndosele delante.*) No, no te marcharás, Fabian! Tú que eres el mas jóven, tú que eres el que has hecho la mayor ofensa, Fabian... ya sé que todo se ha acabado para nosotros; pero acuérdate que es mi padre!

Fabian. María, la mayor ofensa es la que mancha el honor de una familia. Mientras el señor Mauclerc no ha insultado sino á mugeres solas, no ha corrido otro riesgo que el de la prision; pero desde que ha tenido la imprudencia de insultar á un hombre, ha corrido el riesgo de la vida.

Maria. Cómo es posible que mi padre te haya insultado...! Quereis volverme loca...? Qué motivo ha de tener para insultarte, cuando hace un momento que te estaba elogiando por tu noble corazon, por tu carácter leal...!

Fabian. Sí, sí...! ya sé que el señor Mauclerc es hombre de muchas caras...! Ya sé que en él hay dos hombres distintos... Juan-el-Rojo, á quien yo admiraba, y Mauclerc, á quien desprecio.

Maria. Callad...! Callad...!

Juan. Cómo es eso...? Hablad...! creo empezar á entender....

Fabian. Hola...! empezais á entender...? pues es fortuna...! empezais á entender lo infame de vuestra conducta, no es verdad? Solo una accion tan vil puede escusar la que yo he cometido! Oid, María...

Juan. Hablad, hablad...! Ó mas bien, toma, María, aqui está el artículo de que el señor se queja: léemelo, léemelo en alta voz.

Fabian. Es para repetir el insulto?

Juan. No: es porque yo no conozco ese artículo, y quiero saber qué dice, puesto que respondo de él.

Fabian. (*Indicándoselo á Maria.*) Ahí... ahí está... leed.

Maria. (*Leyendo conmovida.*) "Ya habrán notado nuestros lectores que el artículo está firmado por Fabian... Ahora bien, nadie ignora que el cindadano Fabian, si bien respecto á su persona profesa principios de la mas severa integridad, no es asi respec-

to á su familia. Su madre, por ejemplo, cobra una buena pension del gobierno; y su hermana, á quien una oportuna viudez ha dejado libre en la flor de su edad, cobra otras cantidades de origen menos legítimo."

Juan. Eso dice?

Maria. Sí, señor.

Juan. Y eso está firmado por mí?

Maria. Al pie del periódico está la firma de Mauclerc.

Juan. Decidme, caballero..., y aunque la pregunta os parezca estraña, hacedme el gusto de responder. Qué motivos suponeis que tenga el periódico que yo firmo para insultaros?

Fabian. Qué motivos?

Juan. Sí, responded! (*Acercándose á él.*)

Maria. Padre!

Juan. Déjame...! No ves qué tranquilo estoy?

Fabian. Los motivos son que se ha vendido al Directorio, y ahora insulta cobardemente por cuenta de sus nuevos amos, á los que les hacen una guerra noble y franca.

Juan. El periódico que yo firmó se ha vendido?

Fabian. Lo ingnorabais, eh?

Juan. Respondedme como si lo ingnorase.

Maria. Fabian! ya ves cómo todo se aclara...

Juan. Vamos...! hablad...!

Fabian. (*Dudoso.*) Con que ignorabais que el periódico ha sido comprado por el Directorio...? que la embajada del conde de San Bernal es el precio de la venta...? que Horsillac ha recibido 100.000 francos, y que si vos habeis salido de la prision antes de tiempo, es sin duda porque eso entraba en las condiciones del ajuste?

Maria. De prision...! Habeis estado en prision, padre?

Juan. Sí!

Maria. Dios mio!

Juan. Sí...! sí...! y segun ahora veo, esa es la menor deshonra que ha caido sobre mí! Pero no tengas cuidado, que yo las lavaré todas á la vez! — Caballero, teniais razon: el insulto ha sido infame y cobarde! Teniais razon en daros por ofendido: teniais razon para tomar la venganza que habeis tomado!

Fabian. Qué estais diciendo?

Juan. Digo que en lugar vuestro, yo hubiera hecho lo mismo: digo que he debido pareceros muy villano...! y que lo he sido en efecto, pues he sancionado con mi nombre semejantes infamias: digo, en fin... que Juan-el-Rojo os pide perdon en nombre de Mauclerc.

Fabian. Dios mio!

Juan. Y cuidado que esto no es miedo! Todo el mundo conoce á Juan-el-Rojo, y sabe que ha visto á la muerte de cerca muchísimas veces, y nunca ha retrocedido! Pues bien, lo repito... os pido perdon!

Fabian. (*Admirado.*) Caballero...!

Maria. Padre!

Juan. Estás ahora tranquila? te convences de que ya no pasará nada entre el señor y yo...? Anda, vete á tu cuarto: allá irá Fabian á buscarte; pero ahora necesito quedarme solo con él.

María. Padre...! me prometeis...?

Juan. Señor Fabian, hacedme el honor de darme la mano para convencer á esta niña. (*Fabian se la da.*)

Maria. Dios mio! haz ya de mí lo que quieras!

Juan. Hará de tí una esposa feliz: asi lo espero! Vete.

Maria. Fabian...! Padre...!

Juan. Vete, hija mia! (*Se va Maria.*)

ESCENA VI.

JUAN. FABIAN.

Fabian. Ahora que estamos solos, me esplicareis...?

Juan. Sí, señor; y la esplicacion que os daré será clara, terminante, solemne! Solo exijo de vos este acto de condescendencia... (*Oyendo que viene gente.*) Ellos son... Entrad en ese gabinete, y no perdais una palabra de lo que se va á hablar aqui.

Fabian. Os obedezco...! Empiezo á sospechar que he sido injusto con vos... y deseo ya satisfaceros.

Juan. Fabian, ya os conozco...! ahora me conocereis vos á mí. (*Fabian entra en el gabinete. Juan mira al reloj, va á la puerta lateral y la abre.*) Entrad, señores; ya os estaba esperando.

ESCENA VII.

JUAN. EL CONDE. HORSILLAC. FABIAN, *en el gabinete.*

Conde. (*Viendo que Juan echa la llave.*) Qué haceis, Juan?

Juan. Nada, señor conde; asegurarme de que no vendrán á interrumpirnos.

Conde. Pues bien, sabed que acabamos de hablar con los padrinos de vuestro adversario...

Horsillac. (*Poniendo sobre una mesa un par de pistolas y dos espadas.*) Y todo se ha arreglado con ventaja vuestra. El duelo se verificará dentro de una hora en el bosque de Vincennes, y vos teneis la eleccion de las armas. Asi pues, amigo Juan, no hay que tener cuidado. Con vuestro valor, vuestra serenidad, y las lecciones de pistola y de florete que os he dado, Fabian es hombre muerto.

Juan. Con que mi adversario se llama Fabian? Decidme, señor conde: ese jóven no es algo pariente vuestro?

Conde. Sí, por parte de mi muger; asi es que yo he hecho cuanto he podido por componer este lance, que miro con repugnancia...! Pero los otros padrinos no han querido ceder: exigian que le diérais escusas...

Horsillac. Escusas! cuando ese atrevido os dió una bofetada!

Juan. Puede sin embargo que hayais andado algo escrupuloso respecto á mi honor. Me parece que en todo caso, el que faltó primero debe dar escusas. Verdad es que yo soy un pobre aldeano que no entiende nada de las reglas del honor, tales como las habeis establecido vosotros, los hombres de sociedad.

Horsillac. Qué es eso... Juan...? Os habeis acobardado?

Juan. No: sino que cavilando yo á mis solas, he reflexionado que el desafio es mal modo de vengar el honor.

Horsillac. Sin embargo, hay ciertos casos en que no hay otro. Cuando las leyes son impotentes para darnos reparacion, es preciso que nos la tomenos por nuestra mano.

Juan. Esa es vuestra opinion?

Horsillac. Seguramente.

Juan. Vos sabeis mas que yo! Pero, sin embargo, se me

figura que es cosa terrible jugar asi la vida de un hombre; porque en fin, yo con mi valor, mi serenidad y mi destreza, estoy seguro de matarlo.

Horsillac. Pues tanto mejor!

Juan. Y no temeis que eso se parezca algo á un asesinato?

Horsillac. Qué preocupaciones teneis, amigo Juan! Y haciais esas reflexiones en Bretaña á cada tiro que disparabais contra las tropas de la república?

Juan. Aquello era diferente: yo me batía por conviccion: creía que el bien de mi patria estaba interesado en aquella lucha... No conocia entonces á los hombres! Tenia fé en ellos; no sabia que sus palabras eran solo ruido, sus juramentos, pura fórmula, y sus conciencias la máscara con que cubrian su interes. Y ademas, por lo mismo que tengo hechas mis pruebas, se me figuraba que en semejante caso podia ser menos escrupuloso que otro cualquiera, y perdonar á un hombre cuya vida tenia en mis manos. Esto pensaba yo que era una accion noble y santa, y que el dia del juicio final me presentaria con mas valor ante el juez eterno, escudado con un perdon, que cubierto de sangre.

Conde. Oh! Juan! Teneis un corazon muy noble y muy grande!

Horsillac. Sí; pero con todo ese corazon noble no podrá presentarse en ninguna parte; porque todos le señalarán diciendo: "ese ha tenido miedo."

Juan. Me parece que alli donde digan: "ese es Juan-el-Rojo, que en la guerra de Bretaña hizo frente á las mejores tropas de la república, es decir, á las mejores tropas del mundo, y no tuvo miedo!: ese es Juan-el-Rojo, que en una borrasca, cuando nadie se atrevia á socorrer á los náufragos, se arrojó en una barca, luchando solo con los vientos y las olas, y no tuvo miedo!: ese es Juan-el-Rojo, que en medio de un incendio, cuando se desplomaban las vigas inflamadas, se arrojó á las llamas y salvó una criatura que ya sus padres lloraban por muerta, y no tuvo miedo...!" me parece que donde digan esto, no podrán decir: Juan-el-Rojo se puso delante de un hombre á quien estaba seguro de matar... y Juan el-Rojo-tuvo miedo!

Horsillac. Pues, sin embargo, lo dirán; porque habeis re-

cibido uno de esos insultos que á los ojos de los hombres no se lavan sino con sangre.

Juan. Teneis razon...! he recibido un insulto infame, abominable...! insulto que apenas bastará á lavar toda la sangre del que me le ha hecho! Teneis razon, he sido un mentecato, un cobarde en creer que podia perdonar semejante injuria á semejante hombre! Sí, teneis razon, me habeis convencido... (*Arrojándose sobre una espada.*) En guardia, señor Horsillac, en guardia!

Horsillac. Cómo...! yo...? á mí os dirigís...?

Juan. Y á quién quereis que me dirija? Quién fue á buscarme al fondo de la Bretaña? quién le inspiró al conde esa fatal idea de poner su dinero y su honor en una especulacion infame? quién ha hecho el ajuste? quién ha hecho la venta? quién ha traficado, no con su honor, porque no lo tenia, sino con el mio? quién comprometió mi libertad primero con una calumnia, y luego mi vida con otra? quién es, en fin, el que me ha hecho la verdadera injuria? quién es el que me ha afrentado...? Vos, y solo vos, y nadie mas que vos! Y en atencion, como habeis dicho vos mismo, á que soy el insultado, y el insultado elige las armas... yo elijo la espada...! En guardia...! defendeos...! A ver, señor maestro, si he aprovechado vuestras lecciones.

Conde. Pero, Juan, qué haceis? Aqui, en este cuarto...

Juan. Señor conde...! dad gracias á Dios de que un angel se coloca entre vos y yo...! Dad gracias á Dios de que mi venganza se limita solo á ese hombre...! Y creedme... estaos ahí quieto, como simple testigo... inmóvil, mudo... sin decir una palabra, sin dar un paso... Cuidado, señor conde...! cuidado con moverse!—Horsillac, en guardia...!

Horsillac. Pero no tenemos mas que un testigo, y el duelo asi es imposible. Todo duelo que no se verifica delante de dos testigos, es reputado por un asesinato.

Juan. Teneis razon. (*Abriendo la puerta del gabinete.*) Salid acá, Fabian.

Fabian. (*Saliendo.*) Oh! padre mio!

Conde y *Horsillac.* Fabian!

Juan. Este es mi testigo.—Ya tiene cada uno el suyo... Vamos! vamos...! en guardia, Horsillac... sino quereis que os corte la cara.

Horsillac. Puesto que os empeñais...!

Juan. Gracias á Dios...! Qué trabajo cuesta decidiros...! (*El combate dura algunos segundos. Horsillac cae herido de muerte.*)

Horsillac. Ah...!

Juan. Dios es justo!—Señores, que sois testigos: he obrado con legalidad?

Fabian. Sí, sí!

Juan. Basta. (*Dándole la llave al conde.*) Tomad, que se lo lleven... puede que haya medio de salvarle la vida... aunque mucho ha entrado la hoja! (*El conde abre la puerta y se va.*) Fabian, me has pedido mi hija... tuya es...! vamos á darle un abrazo! (*Toma la chaqueta y la carabina, y se pone el sombrero.*)

Fabian. Ah! Señor...!

ESCENA VIII.

JUAN. FABIAN. MARÍA.

Maria. Padre...!

Juan. Hija mia...!

Maria. Qué es eso? Dónde vais...?

Juan. A Bretaña...! á mi Bretaña, de donde nunca debí salir...! Allá me voy contento, porque te dejo contenta.

Maria. Lejos de vos...!

Juan. Dios ha dicho á la muger: "Dejarás á tus padres para seguir á tu esposo." (*Echándola en brazos de Fabian.*) Fabian, á tu honor la confio!

Fabian. Ah! vivid tranquilo!

Juan. Y si algun dia la revolucion te proscribe... si algun peligro amenaza tu vida... sea cual fuere la opinion á que pertenezcas, acuérdate que tienes un asilo inviolable en la cabaña de Juan-el-Rojo!

FIN DEL DRAMA.

GALERÍA DRAMÁTICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

Teatro Moderno Estrangero.

TOMO XXV.

MADRID.

LIBRERÍAS DE CUESTA Y RIOS.

3 0112 098524959